

INTRIGA EN EL COSMOS

RED ARTHUR

COLECCION

ESPACIO

Intriga en el Cosmos

por

RED ARTHUR

EDICIONES TORAY, S.A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR - EDUARDO Tubau. 19 - Barcelona



Capítulo Primero

INFIERNO BLANCO



REI haber escuchado el rumor de un motor — pensó para sí Tom Longfellow, prestando atención —. Sin duda todo ha sido efecto del «whisky». Pero, ¡maldita sea!, este frío no se puede resistir si no es con buenos tragos.

La voluminosa figura, totalmente cubierta de pieles, se inmovilizó por unos instantes, mientras los gruesos copos de nieve caían suavemente sobre ella. Tom Longfellow desprendió de su cinto la cantimplora y, tras desenroscar el tapón con torpes movimientos de sus manos embutidas en los gruesos mitones, la llevó a los labios. Si el frío estaba en proporción directa con el tiempo que Longfellow empleó en beber, debía hacer mucho frió en aquel apartado rincón de Alaska.

Vuelta la cantimplora a su lugar de origen, su dueño inició una serie de enérgicos saltos.

—Bueno. Ahora parece que se note menos el frío. — Sus manos sacudieron la enorme cantidad de nieve que se había acumulado sobre las pieles—. ¡Caramba! Si me descuido un poco, me entierra la nieve.

Tom Longfellow llevaba ya seis meses en aquella base del norte de Alaska y a pesar de este tiempo no había conseguido aclimatarse al duro clima; sesenta, o setenta grados bajo cero eran demasiados grados para que se pudieran soportar.

Renegaba ahora de la operación «Zorro Plateado» y de las innecesarias precauciones que el Mando tomaba con respecto a la

base. Cierto era que en lo que allí se trabajaba era de vital importancia y máximo secreto, pero aún así no era razón suficiente para que el personal de la Gran Base no pudiera regresar a Norteamérica, a menos que la Operación finalizase. Solamente había una solución para escapar de aquel infierno de hielo, y ella era la de enfermar. Pero Tom Longfellow sabía que aquel duro clima era un suero eficaz contra toda clase de enfermedades. Y las que se derivaban del frío eran cortas y había poquísimas probabilidades de escapar con vida.

—Me gustarla saber quién cree el mando que va a venir a huronear por estos «deliciosos contornos».

Pese a su incredulidad, el rumor que creyó escuchar momentos antes llegó de nuevo a sus oídos. Con riesgo de que se le congelase la oreja, separó el grueso capuchón de piel para oír mejor.

No. No se había equivocado. Era cierto lo del ruido. Se trataba del típico rumor de un trineo movido por una pila atómica.

Apresuradamente restregó sus gafas empañadas y conectó el proyector de «luz negra». Nada pudo divisar, pero lo del trineo no había sido producto de su imaginación. Lo había oído perfectamente, aunque la larga noche polar permanecía sumida en el silencio.

Sus pesadas botas con calefacción y armadas de raquetas se pusieron en movimiento. Era difícil orientarse en la enorme llanura sin más punto de referencia que las estrellas sobre la monótona superficie del hielo, alfombrado por la copiosa nevada que hacía una hora comenzara.

Al poco rato de caminar, su linterna de rayos infrarrojos le dejó descubrir la silueta de una pequeña duna de nieve. Alguien hablaba tras ella.

Longfellow extremó sus precauciones al llegar al montículo. Sus manos enfundadas en los mitones asieron con fuerza el fusil eléctrico.

Aquel terrible ingenio había desplazado por su efectividad a las anticuadas armas automáticas de cincuenta años atrás. En aquel tiempo, un hombre no hubiera temido enfrentarse contra diez, confiado en la sorpresa y rapidez de tiro de una buena metralleta.

Ahora Longfellow, que no había llegado a conocer aquellas armas a no ser en grabados o reproducidos en cintas cinematográficas de época, no podía preocuparse por el número de personas que hubiera tras la duna de hielo; su electrofusil generaba una corriente de alta

tensión, uno de cuyos polos era el fusil mismo y el otro el blanco. Le bastaba, por lo tanto, oprimir el gatillo, que en realidad no era otra cosa que un vulgar interruptor, para que se estableciese el mortal flujo.

Las palabras, pronunciadas en un idioma que no era el suyo, llegaban ya claramente hasta él. Se dejó caer sobre la nieve para escuchar. No le cupo duda, el idioma era el ruso. No lo conocía, pero había algunos científicos de aquella nacionalidad en la Gran Base y pudo establecer una relación entre algunas palabras oídas a ellos y las que los desconocidos pronunciaban.

Se hacía necesario apresar a aquellos individuos y conducirlos a la Base para averiguar sus intenciones. Se incorporó, apoyándose con rodillas y codos sobre la nieve. Sus manos sujetaban el electrofusil con fuerza. Rápidamente apareció sobre la cresta del montículo. Seis hombres cubiertos con las inevitables pieles hablaban junto a un estilizado trineo atómico. Todos se volvieron hacia la duna que les servía de cobijo, cuando Longiellow gritó:

—¡Pongan los brazos en alto y que nadie se mueva! No vacilaré en disparar sobre cualquiera que...

No pudo continuar. Tom Longfellow obró a la ligera al suponer que los desconocidos no iban armados. Un vivísimo rayo de color violeta partió del grupo, envolviendo al confiado centinela que no tuvo ni tiempo de lanzar un grito. Una llamarada igualmente de color violeta carbonizó al desdichado. Su cuerpo tumefacto chapoteó en la nieve derretida por el calor que originó el rayo eléctrico.

El tufo acre de carne socarrada impregnó el aire frío. La nieve continuaba cayendo blandamente, cubriendo con su blanco sudario la mancha negra del cuerpo carbonizado de Tom Longfellow, que contrastaba rabiosamente con la blancura impoluta de la nieve.

* * *

La Gran Base en la que se llevaba a cabo la formidable operación «Zorro Plateado» era producto del esfuerzo y tesón de sus componentes. Nada hubiera podido allí el oro del poderoso erario público de los Estados Unidos de América si no hubiese sido por la depurada elección que el Gobierno hizo de los hombres que habían de llevar a cabo el desarrollo de la ambiciosa operación.

En realidad, la Gran Base era casi histórica. Se instaló en el norte

de Alaska en el año 1959 a raíz del empleo con éxito de los satélites artificiales que contribuyeron eficazmente a resolver ciertos problemas relacionados con la Astronomía y Cosmonáutica.

Cuatro años después, y tras una carrera de descubrimientos en la que todos los países se esforzaron en lograr la supremacía, dos naciones estaban en condiciones de lanzar a la Luna, primera etapa de posibles rutas interplanetarias, cohetes con tripulación humana.

Estos países eran Norteamérica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.E.S. S.). Esta última, siguiendo su tradicional estructura política, procuró por todos los medios a su alcance lograr información de los descubrimientos realizados por sus naturales rivales los norteamericanos, y al mismo tiempo entorpecer y retrasar los trabajos de éstos.

Pero Norteamérica había cambiado su política respecto a Rusia. Ya no era tan contemporizadora como al final de la segunda guerra mundial; ello había evitado, de momento, una nueva y tercera colisión, que a pesar de todo se hacía inevitable. La Luna representaría, para el que la dominara, la victoria final y, según quien fuera, la sojuzgación completa de la Tierra.

Rusia consiguió antes la construcción del vehículo astral; pese al secreto con que rodearon el lanzamiento, los astrónomos norteamericanos tuvieron ocasión de descubrirlo.

Del cohete rojo, apenas logró salir de la atmósfera, nada más se supo de él. Los satélites artificiales dieron cuenta después de su total destrucción.

Los científicos norteamericanos estudiaron en la catástrofe del proyectil ruso, y dos años más tarde, corregidos algunos errores elementales, anunciaron al Pentágono que la astronave estaba lista para emprender el vuelo.

El gobierno de Washington dio plenos poderes a los científicos para que verificasen el lanzamiento en la primera ocasión propicia para ello.

El «Tío Sam», nombre con que familiarmente le conocían los que hicieron de sus planos una realidad, abandonó los hielos de Alaska una madrugada del año 1965.

Toda la Tierra estuvo pendiente de este viaje, durante el cual no se perdió el contacto con los cosmonautas a través de la radio. Todos los observatorios astronómicos siguieron su trayectoria.

El último mensaje radiado desde el «Tio Sam» anunciaba que el cohete había llegado sin ningún contratiempo a la Luna y se disponían a posar el artefacto sobre ella. Jamás se volvió a tener noticias del «Tío Sam».

Casi cincuenta años después, en 2010, la legión de sabios al servicio del Gobierno estaba llevando a cabo una nueva intentona que tenía muchas más probabilidades de éxito, puesto que se contaba con la experiencia de las anteriores expediciones.

Desde el primer momento apuntó por su importancia el problema del retorno a la Tierra. Todos los detalles estaban ultimados respecto a las condiciones en que habrían de volar los cosmonautas y los materiales que habrían de emplearse en la construcción de la astronave, pero quedaba por resolver la segunda parte de la operación «Zorro Plateado» que, aun continuando sin solución, era la más importante.

La solución en teoría vino a darla un sabio alemán.

Traducido al lenguaje vulgar venía a ser lo siguiente:

El cohete diseñado habría de sufrir una transformación parcial, si bien se respetaba la estructura fusiforme que, de común acuerdo, calificaron todos los ingenieros aeronáuticos como única viable para el desplazamiento de la astronave hasta la estratosfera.

Las variantes que el científico alemán Horst Saurer aducía consistían en segmentar el cohete en tres partes, aun cuando esta segmentación no tenía utilidad práctica hasta llegado el momento de tomar contacto con la superficie de la Luna. Cuando el cohete, atraído por la fuerza de atracción lunar, iniciara el vertiginoso descenso que había de estrellarle contra el satélite vecino a una velocidad próxima a los diez mil kilómetros por hora, comenzaba a actuar el dispositivo Horst Saurer. En la primera fase del descenso, unos potentes reactores-freno situados en el «morro» de la nave sideral entrarían en funciones, amortiguando la terrible velocidad. Más con todo, se temía que estos reactores no fueran lo suficientemente potentes para conseguir reducir al mínimo la fuerza de la caída. Indudablemente con este sistema podía conseguirse, pero no había aleación metálica capaz de resistir el tremendo calor que originarían los reactores. Por ello, a cierta altura, el cohete se desmembraba en tres. El «morro» y la popa del cohete con las aletas que le ayudaron a salir de la Tierra eran abandonados por inservibles, y el cuerpo principal, esférico completamente, era proyectado violentamente en dirección contraria a la caída. En virtud de la inercia, la esfera quedaba virtualmente inmóvil durante unos

segundos al compensarse la velocidad de caída con la poderosa fuerza que la enviaba hacia arriba, en dirección contraria a la de la superficie de la Luna. Inmediatamente, ocho potentes reactores amortiguaban la toma de superficie.

Este sistema hacía necesario el envío a la Luna de dos naves de menor tamaño conteniendo en su interior un «morro» y popa de repuesto de proporciones análogas a los de la astronave.

Cinco años después de aprobar el plan de Horst Saurer, la operación «Zorro Plateado» estaba a punto de culminar con el lanzamiento de los cuatro cohetes. Últimamente, la popa de repuesto hubo de encerrarse en dos cohetes, por resultar insuficiente uno solo.

* * *

El coronel Ray Roggers se despojó del pesado chaquetón de pieles que colgó de una escarpia. Frotándose vigorosamente las manos se dirigió a una pequeña mesa en la que humeaba una cafetera eléctrica.

—¿Qué tal se le da el día, Dave? —dijo a modo de saludo al único ocupante de la pequeña habitación.

Dave Sterling, segundo jefe militar de la Gran Base y mayor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas miró con sorpresa a su inmediato superior.

—Con toda seguridad bromea usted, coronel Roggers. Apenas hace cinco minutos que me he levantado de la cama. Por cierto que me acosté aquí mismo. Anoche desapareció un centinela.

Ray Roggers detuvo su acción de llenar la taza para inquirir:

—¿Qué ha sucedido?

—Nadie lo sabe. El hecho es que uno de los centinelas abandonó su puesto cuando todo el personal dormía. La copiosa nevada ha borrado posibles huellas y aún no se le ha localizado. Constantemente parten helicópteros y trineos en todas direcciones, tratando de dar con su paradero. Con toda seguridad el muchacho ha enloquecido y a estas horas estará muerto de frió. He conocido casos similares a éste.

—Es lamentable. ¿Qué hora es?

—Las siete veinte, horario Gran Base. En Nueva York serán

ahora…

—Olvídese de Nueva York, si no quiere enloquecer como ese pobre soldado.

Dejó la taza sobre la mesa y se dirigió al teléfono.

—Póngame con el Departamento de Científicos — ordenó al telefonista.

Hubo una corta pausa.

Dave Sterling la utilizó para decir:

—Aproveche la llamada para preguntar a esos «sabelotodo» si han hallado alguna fórmula para contrarrestar el frío.

—Lo haré — respondió sonriendo el coronel—. Quiero hablar con Horst Saurer.

El científico alemán estaba al otro extremo del hilo telefónico.

—Le habla el coronel Roggers. ¿Está dispuesto para llevar a cabo la fase inicial de la operación? Está bien. Estaremos con usted en seguida.

Después de estas palabras colgó el auricular.

—Vamos, Dave. Dentro de media hora se verificará el lanzamiento de los «cachorros»[1].

— Creí que jamás llegaría este momento.

Antes de colocarse los pesados chaquetones de pieles conectaron el dispositivo eléctrico de sus botas que les preservaba de la congelación. Entre la suela del calzado estaba dispuesta una resistencia que se alimentaba con la electricidad generada por una pequeña pila atómica que residía en el tacón de la bota. Olvidar este requisito equivalía, en los más de los casos, a una amputación de los pies, a causa de la congelación.

Se ayudaron mutuamente a colocar los chaquetones que igualmente gozaban de calefacción eléctrica.

Apenas abrieron la puerta de la construcción, una racha de viento frío penetró en el cuarto.

Despreciaron las raquetas, para ir directamente a un trineo atómico estacionado ante la puerta. Un soldado se apresuró a

franquearles la puerta desde dentro y ambos hombres penetraron en el interior. El trineo era totalmente de material plástico refractario al frío, al igual que todas las construcciones de la Gran Base. Con un simple movimiento de pedal se puso en marcha el turbo-reactor que impulsaba el trineo; una gran aleta a popa similar a los timones de los grandes reactores aéreos determinaba el rumbo a seguir por el trineo.

—Al Departamento de Científicos — ordenó el coronel Roggers.

Los gases fuertemente expulsados por la tobera alzaron una imponente nube de partículas de nieve y vapor de agua. Con suave runruneo, gracias al silenciador, el trineo atómico se deslizó graciosamente sobre el hielo. Los suaves reflejos de la aurora boreal arrancaron destellos de su cabina de plástico.

El trineo se detuvo ante una construcción similar a la anterior. Se abrió una puerta y de ella salieron hasta veinte siluetas cubiertas por entero de pieles. Seis de aquellas siluetas fueron directamente hasta el trineo de los militares, mientras el resto se acomodaba en otros dos que estaban estacionados junto a la entrada.

Juntos, los tres, emprendieron de nuevo la marcha, para detenerse cinco minutos después ante unos enormes tinglados metálicos que sostenían a cuatro cohetes de idénticas dimensiones y configuración.

Se alzaban orgullosamente erguidos con sus afilados morros apuntando al cielo boreal.

Los ocupantes de los trineos descendieron de los vehículos y se reunieron en compacto grupo.

Ray Roggers contempló extasiado los cohetes. El metanio, maravillosa aleación capaz de soportar las mayores fricciones y resistir a las más elevadas presiones, refulgía bajo la luz cegadora de los focos que iluminaba los trabajos. En realidad, sólo se trabajaba sobre un cohete: el que había de conducir a los expedicionarios. Prácticamente estaba terminado, pero se procedía a transportar a bordo los alimentos y ropas. Partiendo del morro y a cien metros de altura, sobre poco más o menos, varios hombres, suspendidos en sus andamios, pintaban de blanco la estructura de la nave sideral. Desde donde se hallaba Ray Roggers, aquellos hombres no ofrecían un tamaño mayor que el de una hormiga.

—El señor Saurer nos indica la conveniencia de dirigirnos a la cabina de Telemando — dijole Dave Sterling.

—Que vayan todos hacia allá —respondió el coronel—. Yo les

alcanzaré pronto.

En aquel momento un hombre venía hacia ellos embutido en sus pieles. Levantó su mano como en un saludo.

—¿Está todo listo para el despegue de los «cachorros», Barton?

—A la orden, señor. Todo está preparado.

—Dé la orden de que la retiren todos los hombres que trabajan en los cohetes. Cuando compruebe que se ha cumplido esta orden reúnase con nosotros en la cabina de Telemando.

Dicho esto viró en redondo y se encaminó al trineo, que ya se mecía a consecuencia de la vibración impuesta por la potencia del motor atómico que accionaba la turbina.

El vehículo se perdió entre el bosque de torres metálicas en dirección al puesto de Telemando.

Capítulo II

LA OPERACIÓN «ZORRO PLATEADO»

L ambiente de la cabina de Telemando era francamente agradable después de haber permanecido durante algunos minutos a la intemperie. Cuando penetró en la estancia, Saurer dirigía la palabra a los allí congregados, científicos todos ellos.



La propia Thelma Saurer, hija del eminente sabio y su propio ayudante, vino a prestarle ayuda en la tarea de despojarse del pesado chaquetón de pieles.

—¿Le apetece una taza de café o un bocadillo? — preguntó con una sonrisa.

—Deme ambas cosas y seremos los mejores amigos del mundo.

Después de recibir de manos de la muchacha lo que pidió, fue a reunirse junto a los otros. Horst Saurer cesó de hablar en atención a él.

—Continúe sin repetir nada, por favor — dijo Ray Roggers—. Procuraré ponerme al corriente de sus palabras a través de la disertación.

—No es aún disertación. Comunicaba a mis colegas que acaba de llegar un comunicado especial del Observatorio Astronómico de Monte Palomar anunciando que ha finalizado felizmente la instalación del telescopio electrónico gigante. Gracias a ello, el profesor Wiseman de aquel observatorio ha anunciado que podrá dirigir nuestra maniobra, pues los resultados que ha obtenido con el nuevo telescopio son realmente portentosos. Incluso llega a afirmar que, si sus cálculos no son erróneos, es casi seguro que podrá televisarnos la llegada de los «cachorros» a la Luna.

A Ray Roggers pareció atrangantársele el mordisco. Tosió

estrepitosamente.

—¿Ha dicho usted televisar? — preguntó incrédulamente.

—Esas han sido mis palabras. Comprendo que esto pueda extrañarle, pero no es imposible, teniendo en cuenta las excelencias que Wiseman pregona de su telescopio electrónico gigante. Se apoya al decir esto en la posibilidad de que el Satélite Lincoln, o bien el Roosevelt puedan captar las imágenes de los «cachorros» al descender sobre la Luna. Ni aun los poderosos telescopios de los satélites podrían captarlas por sí solos, pero Wiseman asegura que, si consiguiese reflejar las imágenes recogidas por alguno de aquellos telescopios logrará ampliar tanto las imágenes que será posible distinguir el descenso de nuestros cohetes en la superficie de la Luna. No será nada complicado que las imágenes ampliadas en Monte Palomar nos las televise al mismo tiempo que nosotros. Claro que ha de ser mucha coincidencia que los «cachorros» lleguen en un momento en que los satélites Lincoln o Roosevelt enfoquen la zona del descenso.

Tras las palabras de Horst Saurer se hizo una corta pausa que casi todos emplearon en consultar sus cronómetros.

—Faltan diez minutos escasos para el lanzamiento de los servo-cohetes. Dentro de unos segundos llamarán de Monte Palomar para confirmarnos la hora cero — anunció el profesor Saurer.

—Voy a comprobar por última vez que todo está listo para el lanzamiento — dijo Ray Roggers, poniéndose en pie.

Casi en el mismo instante repiqueteó un timbre que atrajo la atención de todos los presentes.

—¡El comunicado de Monte Palomar!—exclamó Thelma Saurer.

Por ser ella la más próxima al aparato de radiotelevisión, fue quien lo puso en funcionamiento.

Un zumbido creciente respondió a la maniobra. La pantalla cuadrangular emitió unos resplandores irregulares, para, al poco tiempo, aparecer nítida la imagen del conocido profesor Wiseman, director-presidente del Observatorio Astronómico de Monte Palomar.

Su voz llegó clara hasta ellos.

—De Monte Palomar a Gran Base. Conecten sus cronómetros con el mío, para que el lanzamiento sea perfecto.

Cuatro científicos, entre ellos Thelma Saurer, se dirigieron a otros

tantos relojes eléctricos. Fue una sencilla operación la que realizaron en los delicados mecanismos de precisión. Bastó apretar un botoncillo rojo para que automáticamente los cuatro relojes se sincronizaran con el supercronómetro rector de Monte Palomar. La electrónica realizó este pequeño milagro.

—Resta por decirles que la «Hora Cero» será las ocho en punto. Faltan por lo tanto siete minutos exactos. ¡Adelante, operación «Zorro Plateado»!

Como si se hubiera tratado de una orden, la legión de científicos se lanzó sobre el complicado cuadro de mandos que habían de determinar el disparo de los servo-cohetes. Con precisión matemática se cruzaron las preguntas, las observaciones y los datos precisos

El coronel Roggers y Dave Sterling contemplaban atentamente la operación.

En aquel momento penetró el Jefe mecánico Barton en la cabina del Telemando. Mientras se despojaba del pesado tabardo de pieles, susurró:

—Todo listo, coronel. No ha quedado nadie junto a los cohetes. La Gran Base está acordonada para que nadie se aproxime a la zona estratégica.

—Comprendido.

Barton se sirvió una taza de café y examinó un cuadro de indicadores. Miró a los militares, haciendo un signo de asentimiento que equivalía a decir que todo marchaba a pedir de boca.

Poco a poco todos los encargados de controlar el disparo fueron dando su conformidad. Horst Saurer, ayudado por su hija, anotaba datos y más datos que luego entregaba a un cerebro electrónico para su comprobación: se notaba, sin embargo, que había repetido estos cálculos en otras ocasiones centenares de veces.

En un momento dado, todos los rostros se volvieron hacia los relojes eléctricos. Faltaban tres minutos para la «hora cero». Inmediatamente las miradas se buscaron como para disculpar el nerviosismo. Thelma Saurer dirigió una sonrisa a Ray Roggers; el joven coronel la devolvió acompañada de un guiñó simpático.

Lo trascendental del momento hacia que nadie osase romper el religioso silencio que reinaba en la cabina. Ningún ruido del exterior llegaba hasta los en ella reunidos. La edificación del Telemando estaba

perfectamente aislada para que nada perturbase el silencio.

Las manecillas de los relojes parecían haberse agarrotado. Tan sólo la aguja del minutero avanzaba a una velocidad de vértigo que parecía aún mayor ante la aparente inmovilidad de las saetas.

Faltaban dos minutos cortos. Las miradas iban del reloj a los cohetes, que se divisaban perfectamente a través de la despejada cristalera. Sirviendo a la verdad, diremos que no se trataba de cristales, sino de material plástico mucho más resistente que el vidrio y con las mismas propiedades ópticas.

Un solo minuto.

¡Treinta segundos!

Horst Saurer se colocó ante el botón de disparo. Ahora pareció que hasta la nerviosa aguja del minutero tenía remilgos por acercarse al punto cero.

Diez segundos… cinco… cuatro, tres, dos, uno…

El dedo índice del científico alemán oprimió el botón. Las miradas de todos, que instintivamente se clavaron sobre el resorte de disparo, fueron rápidas a la cristalera.

Las tres explosiones se fundieron en una sola. Un horrísono estampido, a pesar del perfecto aislamiento de la cabina, llegó hasta ellos.

Pareció que una gigantesca mano comenzara a tirar de los tres cohetes lentamente, y de improviso, desaparecieron dejando tras ellos el eco de un espeluznante y desgarrador silbido.

Durante más de una hora pudieron ver la estela luminosa de los proyectiles.

* * *

Los rasgos perfectos del rostro de Ray Roggers quedaron tensos cuando la puerta del despacho se abrió violentamente. El mayor Dave Sterling, acompañado de una helada ráfaga de aire, apareció en el dintel de la puerta.

—¿Qué sucede, Dave? — preguntó Roggers

El mayor cerró la puerta tras él.

—¡Dese prisa, coronel! ¡Wiseman va a televisar la llegada de nuestros «cachorros» a la Luna!

Con la celeridad que le permitían sus ágiles músculos, Ray Roggers saltó de su asiento. Con sólo dos zancadas estuvo junto a la escarpia de la que pendían las pieles.

—¡Vamos, Dave! —exclamó visiblemente excitado.

—La calefacción de las botas, coronel.

Ray se apresuró a encender las resistencias y, abrochándose aún el chaquetón, empujó a Dave Sterling hacia afuera.

El trineo les llevó hasta la cabina del Telemando. El único cohete parecía aún más imponente en su soledad. Estaba ya completamente pintado de blanco y en su proa podía leerse claramente: «United States» Era éste el nombre con que había sido bautizado.

Sterling hizo una seña, señalando al coloso.

—Se le nota cierto aire de nostalgia por la ausencia de sus hermanos — comentó, pero el frió ramalazo de aire le dio a entender que el coronel había abandonado el trineo y no le escuchaba.

Hubo de correr para alcanzarle. Dentro de la cabina de Telemando reinaba gran excitación; la noticia de que Wiseman iba a televisarles la llegada a la Luna de los servo-cohetes les tenía a todos sobre ascuas.

La llegada del coronel cortó las conversaciones. Horst Saurer se dirigió hacia él.

— ¡Es maravilloso, coronel Roggers! Wiseman acaba de anunciar que el satélite artificial Roosvelt ha captado el descenso de los cohetes y supone que permanecerán dentro de su radio de visión hasta la toma de contacto.

—Realmente no sé qué decir. Supongo que estoy tan emocionado como todos ustedes. Esperemos que el descenso sea normal, porque de él depende nuestra propia suerte. ¿Tardaremos mucho en poder verlo?

—Wiseman, de acuerdo con nuestros cálculos, asegura que se efectuará el choque en el plazo de una hora.

Como varios días antes, el timbre del radiotelevisor avisó para

que se estableciera la comunicación.

En la pantalla apareció directamente una zona del paisaje lunar. La conocida voz del profesor Wiseman llegó hasta ellos.

—¡Atención Gran Base! Ahí tienen a sus servo-cohetes. Les será fácil localizarlos en la parte inferior derecha de la pantalla. Antes de media hora sobrevendrá el choque.

Todos se avalanzaron sobre la pantalla. Trataron de localizar los «cachorros». Pudieron, si, pero la visión era bastante dificultosa.

Horst manipuló en el radiotelevisor, aumentando las imágenes con la consiguiente reducción del paisaje, pero ahora los tres cohetes podían divisarse con cierta claridad. Daba la impresión de que permanecían estáticos, cuando en realidad avanzaban hacia el astro de la noche a una velocidad espantosa.

El profesor Saurer se volvió hacia el centinela, que constantemente vigilaba el monstruoso salpicadero.

—Atención, Andrevitch. La señal luminosa para el disparo de los reactores-freno no tardará en anunciarse.

Transcurrió aún media hora durante la cual no se operó ningún cambio apreciable en la pantalla. Sin embargo, los cohetes estaban bastante más bajos.

De acuerdo con los cálculos, el choque era inminente. El nerviosismo se apoderó de todos.

De pronto se escuchó un zumbido. La voz de Andrevitch vibró excitada:

—¡La señal!

—Oprima el conmutador — ordenó Horst.

Casi en el mismo momento, cuantos observaban la pantalla pudieron advertir la violenta salida de los gases de los reactores-frenos, que casi ocultaron a los artefactos. Para entonces, las imágenes reflejadas por el radiotelevisor se habían corrido hacia el límite de la pantalla. Sin duda la visión se perdía a medida que el satélite Roosvelt seguía su marcha alrededor de la Tierra. Una tremenda angustia embargó a todos. ¿Se posarían los cohetes antes de que desaparecieran de la pantalla?

Continuaba el funcionamiento de los reactores-freno, pero no

podía precisarse si habían amortiguado la velocidad. Repentinamente los tres cohetes cambiaron de posición, mostrándose paralelamente a la pantalla, y los reactores cesaron de funcionar, cesaron la furiosa salida de gases. Coincidiendo con ello, una luz verde se encendió sobre el gigantesco cuadro de mandos.

Un grito de alborozo se escapó de todas las gargantas.

—¡Han llegado sin novedad!

Cada cual expresaba a su modo la alegría que le embargaba. Cuando la algarabía cesó, Thelma Saurer se halló estrechamente abrazada a Ray Roggers. Bajó los ojos, ruborosa.

—Perdóneme, coronel. El triunfo alcanzado nos ha trastornado un poco...

El joven no hizo nada por deshacer el abrazo, respondiendo:

—No se preocupe. Puesto que hemos de emprender el viaje a la Luna juntos, no estará de más que vayamos intimando.

Thelma no tuvo tiempo de responder, porque en aquel momento se escuchó de nuevo la voz del profesor Wiseman. En la pantalla ya no se distinguían las siluetas de los «cachorros».

—¡Enhorabuena, Gran Base! La primera fase de la operación «Zorro Plateado» se ha realizado con todo éxito. Repito mis plácemes. Corto.

* * *

El trineo atómico se detuvo frente a la cabina del Telemando, alzando fuertemente la nieve pulverizada y un chorro de vapor de agua que casi instantáneamente volvía a caer en forma de pequeños cristales de hielo.

El coronel Ray Roggers descendió de él. Antes de que pudiera llegar a la cabina, varias personas envueltas en pieles salieron de ella, yendo a su encuentro.

—¿Están listos? — preguntó el coronel.

—Todos estamos dispuestos — respondió la conocida voz de Dave Sterling—. Vamos a su trineo

Dentro del vehículo se despojaron de las capuchas. Todos los semblantes estaban serios.

La penetrante mirada de Ray Roggers escrutó los rostros. Dave Sterling había abandonado su aire jovial y fumaba nerviosamente un cigarrillo del que extraía enormes cantidades de humo que expelía con furia. Fidor Andrevitch parecía concentrado en sus propios pensamientos, que debían de ser muy complejos a juzgar su gesto circunspecto. Jan Thiessen, sueco de naturaleza, dejaba vagar su mirada por el exterior, lanzando a intervalos inquietas ojeadas hacia el «United States». Parecía receloso de aquel engendro que había contribuido a crear.

Horst Saurer parecía dominar sus propias sensaciones pendiente tan sólo del rostro de su hija Thelma, que, a pesar de ser la única mujer de la expedición y Joven por añadidura, era la más serena.

El rebufo del reactor al detenerse en seco sobresaltó a cuantos lo ocupaban. El frío en el exterior era enorme.

Silenciosamente llegaron hasta el elevador eléctrico que habría de transportarles hasta el interior del cohete. Suavemente el ascensor funcionó con ligero zumbido. Cuando se detuvo en la compuerta de entrada no hubieron vacilaciones.

Atravesaron el compartimento estanco y tras atravesar un estrecho corredor llegaron a una escalerilla central que recorría el interior del «United States» a modo de columna vertebral. Desde allí se veía claramente la configuración esférica de la carlinga que constituía el cuerpo vital de la espacionave. Subieron la escalerilla y llegaron a otro compartimento estanco.

En un pequeño elevador ascendieron hasta la cabina de mandos. Allí les aguardaban ya la plantilla del Estado Mayor de los científicos.

Inmediatamente se repartieron entre sus respectivos puestos, preparándose a comprobar por última vez el perfecto funcionamiento de la gran máquina sideral.

Horst se dirigió al coronel Ray Roggers.

—Como comandante en jefe de la expedición, hágase cargo del «United States».

—Gracias. Vamos a comprobar que todo responde.

Mientras hablaba se dirigió al puesto de mando. Ante él había un potente dictáfono que le ponía en comunicación con todas las

dependencias del cohete.

—¡Atención! Habla el coronel Roggers a toda la tripulación del «United States». Dentro de veinte minutos escasos se verificará el lanzamiento. Si alguno tiene miedo, puede abandonarnos…— Aquí hubo una corta pausa. Roggers cambió inmediatamente el tono de su voz, que volvió a ser enérgica, vibrante, dominadora—: ¡Atención! Sala de motores y turboreactores, informe.

—Todo listo, coronel — respondió la voz de Barton.

—Televisión, radar y radio —volvió a decir Ray Roggers.

—Dispuesta — respondió Thelma desde la misma cabina.

—Presión interior, atmósfera respirable y acondicionamiento climático.

—Los dispositivos funcionan perfectamente…

Uno a uno fueron respondiendo todos los Departamentos. Todo estaba en regla.

—Bien —dijo Ray Roggers—. Profesor Saurer, sólo resta aguardar la hora cero.

La radio sonó insistentemente. Thelma estableció el contacto.

—Hable, Telemando. Le escuchamos.

—Cabina de Telemando a coronel Roggers en United States». Faltan cinco minutos para efectuar el disparo. Todo el personal de tierra se ha alejado del cohete. Esperamos a que cierren las compuertas exteriores y nos den la señal de que están acondicionados. Corto.

El coronel Roggers dio las órdenes oportunas y el cohete quedó herméticamente cerrado.

—Ocupen las literas. Se acerca el momento del despegue. —Volvió a la radio para anunciar —: ¡Atención, Telemando! Todo dispuesto para el lanzamiento. Corto.

Todo era silencio en el interior del «United States» Una señal roja se encendió en un panel. El altoparlante dejó escuchar la voz de Barton:

—Todo el personal subalterno dispuesto para el lanzamiento.

—Le hemos escuchado, Barton. ¡Hasta luego!

Todos los rostros estaban pendientes del cronómetro eléctrico, sólo Thelma miraba al coronel Roggers, que procedía a ligarse en su litera. El Joven le hizo un ademán con la mano, que ella respondió.

El segundero avanzó veloz hacia la hora cero.

Otra vez la angustia. Tres segundos, dos... ¡uno!

* * *

En la cabina del Telemando, el profesor Sanders oprimió el botón de disparo. La escena de quince días antes se repitió. Temblaron los edificios hasta los cimientos y una vivísima luz cegó a cuantos presenciaban el despegue. El profundo pozo receptor de gases se agrietó, incapaz de resistir tanta presión.

— ¡Suerte, «United States»!—murmuró el profesor Sanders roncamente.

Capitulo III

OBJETIVO: LA LUNA

PESE a los poderosos silenciadores, el estruendo de la explosión aturdió a los cosmonautas. En los primeros segundos de la ascensión casi fue imperceptible el desplazamiento del «United

States». Más, de repente, comenzó a trepidar en toda su estructura hasta que el estruendo se hizo imposible de resistir.

Vencida la inercia inicial y la fuerza de la gravedad por la progresiva fuerza de los reactores, la nave sideral cobró velocidad casi de repente. El violento quebranto de la inercia hizo que los osados navegantes creyesen llegado el último momento. Su sangre pareció solidificarse dentro de las arterias. El terrible «shock» les privó del conocimiento.

Mientras tanto, el «United States» proseguía raudo su viaje hacia el vacío guiado por el piloto automático al que asesoraba un complicado cerebro electrónico.

Las saetas del reloj eléctrico prosiguieron marcando indiferentes la marcha del tiempo.

* * *

Las largas pestañas de Thelma Saurer aletearon repetidas veces antes de que su dueña abriera los bellos ojos; profundas ojeras los circundaban.

Su mirada recorrió vagamente toda la cabina de mando hasta allí donde le permitió el ángulo visual. La radio sonaba insistentemente, aunque su sonido parecía llegarle de lo profundo.

Con torpes ademanes desabrochó las correas que le sujetaban a la litera, acto en el que invirtió cinco minutos aproximadamente. Cuando estuvo incorporada pudo advertir que Ray Roggers estaba haciendo la misma operación. Su padre y Andrevitch comenzaban a dar las primeras señales de vida.

Saltó de la litera y avanzó directamente hacia el aparato receptor cuyo timbre continuaba sonando insistentemente. Pensó que, debido a la postración sufrida, sus movimientos serian torpes o pesados, pero no fue así. Sus músculos obedecían prontamente a las menores indicaciones del cerebro. Sin duda alguna, comenzaban a sentirse los efectos de la falta de gravedad.

Cambió la palanca, permitiendo con ello escuchar la insistente llamada del puesto de Telemando.

— ¡Aquí Gran Base llamando a «United States»! Respondan si nos oyen —clamaba monótonamente la voz del operador de radio.

Thelma aprovechó un espacio entre llamada y llamada para dar la contraseña.

—«United States» responde a la llamada de Gran Base.

—¡Bendito sea Dios! — exclamó la voz del profesor Sanders al cabo de una pausa—. ¡Al fin han contestado! ¿Les sucede algo? Dennos noticias del viaje. Toda la nación está pendiente de ustedes, y ya comenzábamos a creer que la operación «Zorro Plateado» habla fracasado en su comienzo. Corto.

En aquel momento se aproximó Ray Roggers. Thelma le cedió el uso del aparato inmediatamente.

—El coronel Roggers habla a Sanders en Gran Base. Continuamos el viaje sin ninguna novedad. La causa de nuestro mutismo no ha sido otro que la incapacidad de nuestro organismo para resistir imperturbables la aceleración de diez, o más, gravedades[2] a que ha sido sometido en el momento del despegue. Afortunadamente para nosotros, hemos reaccionado a la perfección, y continuamos nuestra ruta sin ningún percance. Paso a la escucha.

—Celebro infinito que hayan salido indemnes del percance. A continuación paso a advertirles que el «United States» sufre una ligera desviación de trayectoria que tiende a aumentar. Contesten si lo han advertidos ustedes.

—Aún estamos bajo los efectos del despegue, pero pronto será subsanado el error. Le cedo el micrófono al profesor Horst, que hará los cálculos comprobatorios.

Uniendo la acción a la palabra entregó el aparato al científico alemán.

Ágilmente trepó por las escalerillas de metal que conducían a las literas. Algunos de los sabios, los más viejos, aún no se habían recuperado del desvanecimiento. Henry Grant, especie de médico del «United States», evolucionaba en torno a ellos.

Ray Roggers se interesó por el estado de los inconscientes.

—¿Hay alguno de gravedad, profesor Grant?

—No, ninguno. Los más viejos lo han acusado notablemente, pero nunca hasta el extremo de encerrar gravedad alguna. Su postración no durará mucho más que los efectos producidos por un vulgar mareo. Puede marchar tranquilo.

—Se hace preciso. El profesor Sanders nos comunica desde el puesto de Telemando de la Gran Base que el «United States» observa cierta desviación de su ruta prefijada.

Henry Grant quedó tenso.

—¿Esa desviación es… considerable? — preguntó.

—No. Aún no lo sé, pero pudiera serlo si nuestro cohete no responde a la fe que en él tenemos depositada— dio unas palmaditas en la espalda del hombre —. No hay razón para desanimarse.

Progresivamente los movimientos se hacían con mayor facilidad, debido a que con el alejamiento de la Tierra se iban perdiendo los

efectos de su atracción.

Era cuestión de poco que esta atracción desapareciera por completo. Así se lo hizo notar Ray Roggers a Thelma.

—Haga correr la voz entre todos. Tengan preparado el calzado especial para vencer esta falta de gravedad. Ahora, por favor, conecte el Televisor con la sala de máquinas.

La pantalla dejó ver la espaciosa nave desde diversos ángulos.

—Parece ser que los efectos allí han sido más acusados —comentó el muchacho—. Voy a bajar hasta allí.

—Le acompaño — ofreció Thelma.

—Como quiera. Vamos sin perder un solo instante.

Oprimiendo un resorte en el panel se abrió una escotilla que les llevó hasta el pequeño elevador. En pocos segundos estuvieron en el fondo de la esfera. De allí pasaron a la tercera sección del cohete. Atravesando un verdadero bosque de tuberías, motores y tableros indicadores llegaron hasta el compartimento destinado a los mecánicos. Diez literas se alzaban unas sobre otras en grupos de tres ocupando el espacio libre. En una, aislada del resto, vieron a Barton que en aquellos momentos se incorporaba, libre ya de las correas que le sujetaban.

Al distinguir al coronel y su acompañante preguntó alarmado:

—¿Sucede algo? Creo que la brusquedad del despegue nos ha privado del conocimiento a todos. Recuerdo que hubo un momento que creía que los reactores iban a estallar.

—No han estallado, pero falta poco — respondió Roggers con una sonrisa—. Ahora es necesario reanimar a esos muchachos. Existe cierto error en nuestra trayectoria, pese a que el piloto automático está regido por el cerebro electrónico. El despegue debe haberle afectado algo también. Tengan a su alcance los zapatos magnéticos para combatir la falta de gravedad, dentro de poco cruzaremos la divisoria neutra y hay que evitar posibles accidentes que se derivarían de la falta de aquélla. Es necesario que los reactores estén pronto listos para el esfuerzo final. Según los cálculos, nuestra velocidad inicial comienza a decrecer. Es preciso el empuje final que nos ayude a escapar de la ratonera que supone la atracción de nuestro planeta.

La mayoría de los mecánicos eran muchachos jóvenes y no tardaron en reponerse. Roggers no abandonó la cámara de motores

hasta estar seguro de que todo iba a marchar satisfactoriamente.

Por el mismo camino que habían empleado para llegar hasta allí regresaron al Departamento de mando.

Las primeras palabras del Joven coronel fueron para informarse sobre el error de trayectoria.

—¿Persistimos en nuestra defectuosa trayectoria, Horst?

—Ya no. El cerebro electrónico sufrió una alteración que ha sido fácil subsanar. Mientras se procede a reparar el aparato de cálculo dirigiremos personalmente el aparato. — se dirigió a su hija —. Tú, Thelma, deberás ocuparte del cerebro electrónico. Andrevitch colaborará contigo.

—Subsanado el defecto, no tardaremos en llegar al espacio intersideral. Voy a dar la orden para que todos estén preparados.

Fue tan rápido todo que, pese a estar prevenidos, uno de los mecánicos olvidó el colocarse los zapatos magnéticos y en uno de sus movimientos fue violentamente proyectado contra una mampara, resultando fracturado su brazo derecho.

Fuera ya de la zona de atracción de la Tierra, el «United States» comenzó a navegar por el vacío impulsado por la fuerza de la inercia conservando invariablemente la velocidad que le imprimieran sus cuatro turborreactores múltiples.

La atmósfera dentro de la cabina de mando se había enrarecido. Horst se dejó caer junto al coronel Roggers, secándose la abundante transpiración.

—Todo cuanto dependía de nosotros mismos está ya hecho. En un plazo aproximado de cuatro días entraremos dentro de la zona de atracción de la Luna.

—Sin duda serán los cuatro días más largos que habremos conocido jamás. Realmente al final de ellos es cuando comienza el verdadero peligro. ¿Está plenamente convencido de que el cohete responderá en su postrera fase de descenso. Aún no comprendo por qué a última hora varió usted sus propios planos.

—Le responderé por partes. Sinceramente espero que el cohete responda según tenemos calculado. Hasta el momento presente todo se verificó tal y como lo planeamos; no hay motivo que nos induzca a creer que en lo futuro no ha de ser igual. En cuanto a por qué varié el sistema de aterrizaje, la explicación es bien sencilla: después que el

Gobierno aprobó el primitivo plan Horst Saurer comprendí que el cuerpo principal, o sea, la esfera que ocupamos, no podríamos lanzarlo en dirección opuesta a la de caída porque la compensación de las dos terribles fuerzas seria tan brusca que causarla la muerte instantánea de los ocupantes de la esfera. Había varios procedimientos para evitar esto, pero todos tenían peligrosos inconvenientes que me impedían aplicarlos.

»Por último me decidí por este sistema. Como usted ya sabe, descenderemos sobre la Luna a una velocidad que progresivamente se irá acelerando. A unos mil kilómetros de altura dispararemos los reactores-freno del morro. Naturalmente, aprovecharemos esta reducción de velocidad descendente hasta el máximo, que será a dos mil metros de la Luna exactamente. En este momento acaece el desmembramiento del cohete. Los reactores adicionales de babor impulsarán violentamente la popa hacia estribor; el morro, que se desprenderá automáticamente en el momento que comiencen a funcionar los reactores de popa, caerá hacia la Luna. Como consecuencia de esta descomposición de fuerzas, la esfera saldrá despedida por la imaginaria tangente del ángulo que originen popa y proa, al separarse.

»Con esto conseguimos reducir nuestra masa a menos de la tercera parte, puesto que las partes más pesadas se desprenden, mientras que por otro lado seguimos una trayectoria en espiral que nos aproxima al suelo con mucha menos violencia. A quinientos metros de la Luna ya nos es factible maniobrar con la esfera, que se habrá convertido en un vehículo independiente.

* * *

—¡Atención, tripulantes todos del «United States»! ¡A partir de este momento comienza la última fase del viaje! Evacúen la popa y trasládense a sus respectivos puestos en la esfera. Queda media hora para efectuar esta operación. Obren todos según se ha venido ensayando y no pierdan la calma. Nadie quedará por olvido fuera de la esfera.

Estas palabras del coronel Roggers tuvieron la virtud de conmocionar al pequeño pueblo de veintinueve humanos que habitaba el reducido planeta de metanio.

Metódicamente se llevaron a cabo las operaciones preliminares, y antes de la hora prevista todos estaban dentro de la esfera.

Los científicos examinaban con sus potentes telescopios la superficie de la Luna que se mostraba espantosamente próxima.

Hacia media hora que caían sobre la superficie de la Luna. Por orden de Roggers todo el mundo se tendió en las literas. Solamente él y el profesor Horst comandaban la nave.

—Querido coronel, estimo que tampoco nosotros podremos hacer nada; a partir de aquí el resto de la navegación la dirigirán los instrumentos de precisión. Está conectado el piloto automático para que a la altura exacta ponga en funcionamiento los cohetes-freno. Igualmente efectuará el disparo que desmembre el «United States». Tres cerebros electrónicos «aconsejarán» oportunamente al piloto automático.

—¿No habrá peligro que la explosión los altere como cuando salimos de la Tierra? — preguntó Ray Roggers.

El profesor Horst esbozó una sonrisa.

—Si eso sucediera, no tendríamos ocasión de comprobarlo. La explosión para el descenso será más violenta que la de salida. Quiero decirle con ello que perderemos el conocimiento tan pronto como se produzca. Para cuando recobremos la lucidez, estaremos posados dulcemente sobre la Luna, o... no nos despertaremos jamás...

Sus palabras fueron cortadas por la vibración producida por los reactores-freno.

—Ya no es necesario que permanezcamos aquí — exclamó Horst —. Vayamos a nuestras literas.

Con apresuramiento se sujetaron las correas. Durante algunos minutos contemplaron el descenso del altímetro. El calor comenzó a hacerse insoportable dentro de la esfera.

—Sin duda se debe a la extraordinaria potencia de los reactores-frenos — contestó Horst a una sugerencia del coronel Roggers. Después de una ojeada al altímetro, añadió —: Nos acercamos a la altura del disparo. Para estas horas el metanio del morro debe estar al rojo vivo. ¡Atención! ¡Aguanten la respiración cuanto puedan!

La conmoción fue tan violenta que nadie pudo resistirla.

El espectáculo desde el exterior fue magnífico.

El «United States», a sólo dos mil metros de la superficie de la Luna, pareció estallar. De haber podido transmitir el sonido la

atmósfera del satélite, la explosión hubiera sido horrísona.

La popa con sus monstruosas aletas fue impelida hacia estribor. El morro, pura ascua, siguió su camino, mientras que del interior del despedazado cohete surgía veloz la esfera.

Durante unos minutos fue impulsada por la inercia en un amplio recorrido helicoidal que la aproximó cada vez más a la superficie de la Luna. Sólo quinientos metros le separaban de ella, cuando ocho potentes reactores, salidos como por encanto de su inferior, comenzaron su acción de freno. La esfera pareció iniciar un nuevo ascenso cuando esto sucedió, pero poco a poco fue descendiendo

A doscientos metros comenzaron a brotar de las entrañas de la esfera las exóticas siluetas alargadas de cuatro pies telescópicos. Apenas tocaron éstos la resquebrajada superficie lunar cesaron de funcionar los reactores.

Después de un suave balanceo debido a los amortiguadores de los pies quedó inmóvil la brillante esfera.

Ningún nuevo movimiento volvió a conmocionar a la astronave; permaneció estática e indiferente a cuanto le rodeaba sin que ningún parpadeo de luz animase su inexpresivo rostro de metanio.

Estaba muerta; tan muerta como la propia Luna.

Capítulo IV

EXTRAÑA RECEPCIÓN

RAY Roggers despertó con una rara sensación de ahogo. La cabeza le pesaba enormemente, pero, contra lo que él supuso, no halló dificultad alguna en moverla enérgicamente.

Saltó ágilmente de la litera, una vez se libró de las trabas que lo tenían sujeto a ella. La luz que alumbraba la cabina de mando era tenue y parecía a punto de extinguirse.

Lanzó una mirada en su derredor. Ni un solo asomo de movilidad en sus compañeros de viaje. La litera de Thelma era la más próxima a la de él y se acercó a ella. La respiración de la joven era normal y, si se exceptúa la exagerada demacración de su lindo rostro, ningún síntoma anormal presentaba. Seria cuestión de segundos que volviera a la vida. Algunos de los hombres más jóvenes comenzaban a dar

señales de recuperación. El ruso Andrevicht fue el primero en poder hablar.

—¿Estamos ya sobre la Luna? — preguntó.

—Es de esperar — respondió Rogers—. La inmovilidad es absoluta. Al menos así lo indica el regulador de velocidad.

Roggers se dirigió al monstruoso salpicadero y oprimió un conmutador, con lo que la iluminación fue más intensa. Acto seguido fue hasta el panel más próximo y oprimió un nuevo resorte; con lento movimiento se desplazó una sección del muro de metanio y quedó al descubierto una escotilla circular por la que se divisó el paisaje lunar.

—¡Esto es maravilloso! — gritó el coronel, alborozado—. ¡Venga, Andrevicht! Es realmente grandioso.

El científico quedó extasiado ante la contemplación de aquel mundo desconocido, cuyas características tantas controversias había suscitado. Era sólo cuestión de minutos el que ellos palparan la realidad.

Poco después, todos los científicos estaban agrupados en la escotilla. Nadie preguntó nada, no lanzaron exclamaciones; se limitaron a mirar y admirar sin mostrar fatiga a través del grueso cristal.

Una vez más el espíritu práctico del coronel Rogers les hizo despertar a la realidad.

—Estamos en la Luna, meta de nuestro destino. Pero hasta ahora no hemos realizado más que la mitad de la operación «Zorro plateado». Será conveniente que todo el mundo repase los instrumentos a él encomendados y compruebe que no hay ningún desperfecto.

Horst Saurer aprovechó una pequeña pausa para decir:

—¿Vamos a bajar ahora?

—Esperaremos a saber que el nuevo «United States» funciona perfectamente. Después bajaremos de la esfera.

—¿No habrá peligro en ello? — inquirió Jan Thiessen.

—No tenemos más remedio que afrontarlo; de todos modos ya no podemos volver a la Tierra sin los accesorios que guardan en sus entrañas nuestros precursores los «cachorros». El plan a seguir será el

siguiente: Barton, al frente de sus mecánicos, partirá en busca de los servo-cohetes, mientras nosotros exploramos la Luna y ustedes toman cuantos datos necesiten. Dave Sterling quedará de guarnición en la astronave.

El designado no pareció muy conforme con el papel que se le encomendaba, porque intentó protestar. Roggers esperaba su reacción y no le dejó comenzar siquiera.

—No hay apelación posible, Dave. No podemos abandonar la nave y usted es el más indicado. Le han de sobrar ocasiones de pisar el suelo de nuestro satélite en los catorce días, como mínimo, que hemos de esperar aquí hasta que llegue el momento propicio para el regreso.

Barton acudió a la cabina de mando a través de la escalerilla de plástico. Su rostro reflejaba gran alegría.

—No hay ninguna novedad de importancia, coronel Roggers. El «lunizaje», ¿debo decirlo así? — sonrió— ha sido perfecto. Uno de los reactores sufrió una ligera avería, pero mis hombres han acometido con entusiasmo la tarea de arreglarlo y pronto estará listo. ¿Hay alguna orden para mí?

—Si la hay, Barton. Dentro de poco descenderemos a la Luna. A usted y sus hombres les incumbe la tarea de localizar a los servo-cohetes. Ahora vayan a por las armas y los trajes especiales para salir al exterior.

Barton desapareció por la escalerilla de nuevo. Thelma y varios científicos más cruzaron una pequeña puerta que daba a un estrecho corredor, que a su vez desembocaba en una pieza circular alrededor de la cual había varias dependencias en las que se guardaban las armas y les trajes especiales de presión.

Conversaban Roggers y Horst, cuando llegó claramente hasta ellos el grito lanzado por Thelma. Ambos hombres echaron a correr en dirección al pasillo. El espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando llegaron a la plazoleta les detuvo suspensos.

Ocho hombres vestidos con ropas que no eran las empleadas por la tripulación del «United States» apuntaban con electrofusiles a los científico». La llegada de los dos hombres no pareció afectarles. El que parecía el jefe de ellos habló en un inteligible inglés que rezumaba acento ruso.

—Levanten todos las manos y no intenten ninguna locura que podría serles fatal.

—¿Quienes son ustedes y qué es lo que pretenden?— preguntó Roggers con gesto desabrido, avanzando hacia el hombre que hablaba inglés con acento ruso.

Éste hizo un amenazador gesto con su eléctrico fusil, pero respondió sonriente imitando cómicamente una ligera reverencia:

—Soy el comandante Igor Kurkov. En cuanto a lo que pretendemos, es sencillo de comprender que estamos aquí para ver lo mismo que ustedes. Su país y el mío aspiran a lo mismo y por ello es por lo que estamos en su astronave. Hubiera sido estúpido esperar a que ustedes los norteamericanos nos invitaran a realizar este delicioso viaje. Ahora puede decirse que la expedición es rusa, coronel Roggers.

El hecho de que aquel hombre conociera su nombre pareció desconcertarle. Igor Kurkov lo notó y comentó sarcástico:

—Desilusiona enormemente saber que todas las precauciones adoptadas para guardar un secreto han resultado baldías, ¿eh, Roggers? La «operación «Zorro Plateado» no es tan secreta como ustedes los norteamericanos creían. La prueba es bien palpable.

—No conseguirán nada — rugió Roggers presa de la excitación—. Se equivoca de medio a medio al decir que esta expedición es ahora rusa. Todos cuantos vamos aquí somos norteamericanos o ciudadanos de los Estados Unidos. Somos demasiados para consentir que se apoderen del «United States». Por otra parte, no sabrían llegar hasta la Tierra, no sabrán conducirlo.

— No será necesario. Lo conducirás ustedes — respondió Kurkov sin inmutarse.

—Si así sucede, ¿qué pasará cuando regresen a nuestro planeta?

Entonces no podrán escapar. Y no crean que vamos a permanecer inactivos.

—Para cuando eso suceda, ya veremos lo que hacemos — dijo el ruso con una enigmática sonrisa—. Vamos ahora a algún sitio más cómodo que éste. Pueden bajar las manos, porque los considero lo suficiente prudentes para no provocar una catástrofe que inevitablemente surgiría si se produce algún disparo en el interior de la nave.

Bajo la muda amenaza de los electrofusiles volvieron hacia la cabina de mando. Roggers tenía puestas todas las esperanzas en Barton. Si él acudía quizá hubiera alguna esperanza de reducir a los

rusos.

En el momento que entraban en la pieza hizo irrupción en ella Barton, provisto del traje especial. Faltábale calzar la gran escafandra de plástico, pero aún así, su aspecto era imponente. Con él, su volumen se triplicaba. Los fuelles que le permitían el juego de las articulaciones le daban cierta semejanza con los robots mecánicos.

No llegó a entrar por completo en la cabina. La sorpresa le dejó paralizado.

Igor Kurkov se apresuró a decir:

—No cometa ninguna tontería. Estamos armados y no vacilaremos en disparar tan pronto como observemos alguna maniobra sospechosa.

Barton miró al ruso y luego desvió su mirada hacia el coronel Roggers.

Kurkov no concedió ningún margen. Antes de que se cruzara ninguna palabra entre ellos, volvió a decir:

—Seis de mis hombres le acompañarán para reducir a los suyos. Se trata tan sólo de evitar que recurran a sus armas. Por otra parte, serla contraproducente que llegaran a usarlas. Indíqueselo así, coronel Roggers. Una escaramuza dentro de la astronave supondría, si no su destrucción, por lo menos su inutilidad parcial.

—Es cierto, Barton. Haga cuanto le diga este hombre. Resulta duro decirlo, pero estamos en sus manos.

* * *

Una escala de plástico fue extendida hacia la superficie de la Luna, aun antes de que se abriera ninguna compuerta.

Se abrió, al fin, un hueco en la esfera por el que comenzaron a surgir las grotescas siluetas de los terrestres, provistos con los pesados trajes y las relucientes escafandras de plástico. Conforme llegaban a la superficie lunar iban reuniéndose. De la astronave descendieron hasta veinte personas.

Ray Roggers y Horst Saurer, seguidos de Igor Kurkov, fueron los primeros en descender. Por unos momentos se olvidó todo para gozar de la desconocida sensación de ser quizá los primeros terrestres que la experimentaban.

Todo era silencio en la inmensa noche lunar. Sobre ellos podían admirar la silueta de la Tierra envuelta en una especie de neblina azulado verdosa. Una extraña emoción les embargó.

Las miradas se extendieron después a la propia Luna. Pese a lo extraordinario del hecho de estar en ella, su aspecto les era en cierto modo familiar. Sus grietas y grandes cráteres, hasta el impalpable polvo que cubría la tierra reseca y yerma tenía poco de nuevo. Era tal y como siempre se imaginó.

Cuando ya todos estuvieron reunidos al pie de la escala, el coronel Roggers habló a Igor Kurkov a través de la emisora individual:

—Puesto que es usted quien domina la situación, debe ordenar lo que se ha de hacer — dijo.

El ruso semejó volverse hacia él, aun cuando sólo había intentado volver la cabeza.

—Ya le dije que la expedición procederá tal y como estaba previsto. Unicamente existe la variante de que serán estrechamente vigilados. Antes de enviar a sus mecánicos a por los servocohetes, será conveniente que exploremos los alrededores. Para ello se destacarán varios hombres.

A una orden radiada de Ray Roggers, se pusieron en marcha los veinte expedicionarios. Thelma Saurer se apresuró a ponerse al lado del coronel. Caminaron durante bastante tiempo en silencio, consiguiendo, con un mínimo esfuerzo muscular, recorrer gran extensión de terreno.

La esfera se había posado sobre una extensa planicie, cuya monotonía se truncaba a veces por la consabida presencia de algún cráter. La mayoría de las veces sus bordes eran de poca altura, pero algunas otras alcanzaban alturas de doscientos, trescientos, o más metros, sin que jamás llegaran a ser barreras infranqueables, dado que los movimientos podían hacerse sin casi esfuerzo.

Thelma pidió comunicación a Roggers, que se apresuró a comunicarle que le escuchaba.

—Quería decirle que Kurkov obra demasiado a la ligera al no consentir que llevemos armas con nosotros.

—Soy de su misma opinión, pero la de ese maldito ruso es que no corremos peligro alguno, ya que él y sus hombres van armados — rezongó él.

En aquel momento se interfirieron en su comunicación las palabras del ruso.

—Agradezco su cumplido, coronel Roggers. — Después de una áspera carcajada volvió a sonar su voz. — Es una verdadera lástima que las circunstancias nos obliguen a obrar de diferente manera. Seria para usted una valiosa experiencia comprobar que no es conveniente enfrentarse a mi.

—Supongo que no dirá eso por ir desarmado — rugió el americano.

Iba a añadir algunos exabruptos, pero sintió a través del grueso traje el contacto de las manos de Thelma que intentaba oprimirle un brazo.

—Serénese, coronel. Estas disputas no conducirán a nada.

Ni un solo signo de vida pudo ser descubierto por los cosmonautas. Tranquilizado a este respecto, Kurkov ordenó el regreso a la esfera; cuanto habían visto era suficiente por el momento.

Por el camino, Ray Roggers no se cansaba de imaginar posibles planes para resolver lo difícil de la situación. Con la constante amenaza de Igor Kurkov y sus hombres, nadie podía sentirse tranquilo. Los científicos podían considerarse como verdaderos pozos de ciencia, pero era muy problemático el que, llegada la hora decisiva, pudieran convertirse en hombres de acción. Era por esto por lo que Ray Roggers creía que sólo en él había recaído la tarea de reducir al ruso y sus satélites.

No obstante, llegaron a la esfera sin que ninguna idea hubiera iluminado su cerebro.

Al día siguiente, y bajo la custodia de cinco rusos, Barton recibió la orden de abandonar la esfera con sus diez hombres, llevando la misión de localizar el paradero de los servocohetes.

Mientras el jefe de maquinarias partía en cumplimiento de la orden recibida, Horst Saurer, al frente de sus científicos, se dedicó a reconocer la costra de la Luna comenzando el detallado informe que el Gobierno de los Estados Unidos había pedido.

Ni un solo momento pudieron escapar a la vigilante mirada del comandante ruso y sus dos ayudantes. Lejos de estorbar sus trabajos, procuraba alentarles y en más de una ocasión ayudó a los científicos cuando su cooperación era posible.

* * *

El panel de la cabina de mando se cerró por fuera. Aunque nadie podía verlo, adivinaban la presencia del centinela apostado por Kurkov para evitar cualquier sorpresa. Barton y sus nueve mecánicos también estaban cerrados en su compartimento.

Como de costumbre, todos se reunieron en un ancho circulo para cambiar impresiones.

—Coronel Roggers — decía Horst Saurer —, han transcurrido setenta y dos horas desde que llegamos a la Luna y el peligro que representa el comandante ruso aún no ha desaparecido. Piense lo que supondría si al fin consigue lo que se propone y al llegar a la Tierra tiene ocasión de escapar con el fruto de nuestro trabajo. ¿Qué explicación plausible podríamos dar a nuestro Gobierno?

—No le preocupe lo que pueda decir el Gobierno. Si volvemos a la Tierra sin habernos deshecho de ese engendro, no creo que, después que él abandone el cohete, nadie pueda dirigirnos preguntas con resultado práctico — contestó Rogers de pésimo humor.

—¿Qué insinúa, coronel? — preguntó Thelma, alarmada —. ¿Quiere decir que nos asesinarla llegado el caso?

El joven coronel no contestó, pero la miró de un modo que Thelma comprendió que seria así.

Hubo un denso silencio preñado de grises presagios. Todos comprendieron que las palabras de Ray Roggers no eran hueras, sino ciertas por completo. Horst Saurer rompió el silencio. Su voz pareció extraña.

—¿Qué se le ocurre, Roggers?

—No sé. De momento no se me ocurre ninguna solución...

—Quizá no sea necesaria nuestra intervención.

Todos cuantos se hallaban en la cabina se volvieron a una hacia Jan Thiessen, que era quien acababa de pronunciar aquellas palabras. No miraba hacia la concurrencia. Estaba completamente absorbido en la contemplación de la pantalla del radar.

Ray Roggers llegó hasta él en un salto.

—¿Qué significado tienen sus palabras, Thiessen? — preguntó vehemente.

El joven sueco hizo un gesto con su cabeza, indicando la deslucida pantalla

—Parece ser que no somos los únicos habitantes de la Luna en estos momentos — dijo.

—¿Es posible eso? — exclamó Horst Saurer.

Los más próximos a la pantalla se inclinaron sobre ella. Cinco puntos luminosos brillaban, indicando la presencia de alguien o algo que se movía sobre la superficie de la Luna.

Se miraron al rostro, tratando de hallar a alguien dispuesto a aclarar aquella incógnita.

—¿No puede tratarse de alguno de los hombres de Kurkov? — preguntó Fiodor Andrevicht, aun cuando se notaba que ni él mismo estaba dispuesto a admitir la sugerencia.

Fue Thelma la que habló ahora.

—No se trata de personas. Son objetos a considerable distancia de nosotros y que se mueven a una velocidad superior a la de los seres orgánicos. O bien se trata de aerolitos, o...

No acabó la frase. En todas las mentes se formuló la misma idea.

Roggers se dirigió hacia el panel, oprimiendo el resorte que lo abría desde dentro. Apenas se asomó al exterior se vio cubierto por el electrofusil del ruso.

—Necesito hablar urgentemente con Igor Kurkov — dijo el norteamericano.

Como si el comandante ruso hubiera estado escuchando, salió de una pieza próxima.

—¿Qué sucede? — preguntó.

Roggers avanzó hacia él. Estaba visiblemente excitado.

—Es preciso tomar alguna medida defensiva. ¡Seres de naturaleza desconocida rondan en torno a nosotros! Existe un peligro. En la esfera tenemos algunas armas defensivas. Es preciso tener listos los tubos lanzacohetes dirigidos y armar a los hombres...

—Un momento, coronel Roggers. No me crea tan ingenuo como para caer en una treta por muy linda y bien urdida que esté. Primeramente tengo que convencerme de que lo que me acaba de decir es cierto. Luego discutiremos lo del armamento. ¿Cómo han sabido eso?

—El radar ha denunciado la presencia de ciertos objetos que bien pudiera tratarse de astronaves.

—Vamos — repuso Kurkov con cierto tono de incredulidad—. Quiero convencerme por mí mismo. Si no resultara cierto, valdría al menos como aviso para que no lo intentaran de nuevo.

—Pronto se convencerá de que es cierto — repuso Roggers, envolviéndole en una mirada asesina.

Apresuradamente regresaron a la cabina de mando. Apenas penetraron en ella pudo darse cuenta el coronel de que algo anormal sucedía.

—El comandante Kurkov— dijo — quiere confirmar personalmente nuestro descubrimiento.

—Los objetos localizados han salido ya del radio de acción del radar — dijo Saurer—. Sin duda se han alejado de nuevo.

Kurkov lanzó una mirada socarrona a Roggers.

—Créame, coronel. Le suponía más inteligente — dijo lentamente — Cualquier otro ardid hubiera surtido mejor efecto. Procuren descansar bien.

Sin añadir palabra alguna abandonó la cabina de mando.

El panel se cerró silenciosamente tras él. Los prisioneros contemplaron la maniobra como si fuera la primera vez que la observaban.

Ray Roggers se dejó caer con desaliento sobre la litera más próxima.

Thelma acudió junto a él.

—No ha querido creerle, ¿no es así? — dijo.

—No sólo no ha querido, sino que está convencido de que he tratado de engañarle. Ahora estamos a merced de dos peligros. Por una parte están esos objetos, y por otra la incredulidad de Kurkov.

Porque supongo que no se tratará de aerolitos.

—No. No lo son — explicó Thelma—. Han permanecido mucho tiempo en la pantalla para que podamos creer que lo son. Por otra parte, esos desconocidos objetos parecían evolucionar en diversas direcciones. Los aerolitos sólo llevan una.

Capítulo V

LOS EXTRAÑOS HOMBRECITOS DE TAR

CUANDO Ray Roggers, Thelma, Dave Sterling y el resto de los sabios abandonó la esfera para continuar los trabajos científicos, hacia ya una hora terrestre que Barton y los suyos habían partido.

En la salida del día anterior lograron localizar mediante el detector Geiger los tres servocohetes. Ahora se proponían extraer su contenido, para en días sucesivos tratar de reconstruir el «United States». Afortunadamente, el trabajo a realizar era mínimo, ya que se trataba únicamente del montaje por piezas. En los mismos «cachorros» iban la mayoría de las herramientas necesarias. Incluso las torres metálicas que habrían de sostener al «United States» en posición vertical, que ahora eran de duraluminio, dado que en la Luna el gigantesco cohete cesarla mucho menos.

Impulsados por el intermitente disparo de los diminutos reactores individuales avanzaban a gran velocidad. Era curioso verles dar enormes saltos de quince o veinte metros con pasmosa facilidad. Más que seres humanos parecían una pequeña nube de langostas.

Los terrestres llegaron al fin junto a las siluetas de los tres «cachorros». Estaban milagrosamente cerca unos de otros a sólo unos centenares de metros de distancia.

Inmediatamente se inició el trabajo de desguace de los servocohetes. Bajo la inquisidora vigilancia de los satélites de Kurkov, Barton y sus hombres trabajaban con ahínco. Ninguno de ellos tenía noticia de la posible presencia de extraños seres en la Luna. No había habido ocasión para que sus compatriotas les informaran sobre ello, y Kurkov no lo mencionó siquiera a sus hombres por estar plenamente convencido de que no se trataba de otra cosa que una añagaza urdida por el coronel Roggers y el resto de los científicos.

No fue extraño, por lo tanto, que no advirtieran la sobreexcitación

del detector Geiger. Los propios motores de los reactores de los «cachorros» eran movidos por pilas atómicas y su presencia alteraba el detector de radiactividad.

Lo súbito de los hechos les cogió a todos de sorpresa. Ni siquiera los vigilantes rusos pudieron advertir la presencia del peligro hasta que éste estuvo tan próximo a ellos que ya nada cabía hacer.

Uno de los mecánicos, que estaba encaramado en lo alto de uno de los cohetes, fue el primero en ver a los extraños seres y lanzar el desesperado grito de aviso.

Una veintena de extraños seres les hablan acorralado contra el servocohete. Los espantados ojos de los terrestres contemplaron las extrañas siluetas. Con la proximidad pudieron advertir que se trataba de seres humanos de idéntica configuración que la de ellos, pero de pequeñísima estatura. Igualmente se cubrían con ropas especiales y escafandras de cierto material de análogas características con el plástico, si bien no parecía transparente. Los pequeños cascos eran de color obscuro y brillante. Más tarde supieron los terrestres que aquel color no tenía otro objeto que reflejar los rayos cósmicos.

Barton trató de ponerse en comunicación con los suyos mediante el aparato de radio individual, pero fue grande su sorpresa cuando comprobó que el suyo no funcionaba. Algo semejante debía suceder a los demás a juzgar por los gestos que hacían.

En éstas, y pasada la primera excitación, Barton pudo ver cómo uno de sus guardianes levantaba el electrofusil y tomaba puntería.

Lo que sucedió a continuación les dejó paralizados. Uno solo de aquellos extraños hombrecillos alzó su mano armada por una pequeña esfera de bruñido metal en dirección al guarda ruso. Antes de que éste pudiera oprimir el gatillo de su arma surgió una especie de flameante rayo de tonos anaranjados de la esferilla del pequeño hombre, que envolvió al terrestre.

La silueta del ruso sufrió una aterradora transformación, tomando el color del rayo flamígero y permitiendo ver su esqueleto con tanta claridad como en la pantalla de rayos Roentgen. Bruscamente desapareció sin dejar más rastro que un tenue polvillo amarillento.

El resto de los guardianes bajaron sus armas que ya tenían dispuestas para imitar a su desaparecido compañero. Aquello era verdaderamente terrible, capaz de enloquecer.

Los terrestres retrocedieron espantados contra la estructura de los

servocohetes, como buscando cobijo en su proximidad. La imposibilidad de comunicar entre sí por radio aún hacia más angustiosa la situación.

Los hombrecillos avanzaron de nuevo hacia ellos.

Y en aquel preciso momento ocurrió algo que les asombró aún más que el terrible fin del guardián ruso, y que al fin y al cabo sabían que había sido desintegrado. Una voz llegó hasta ellos a través de sus radios particulares. Lo verdaderamente asombroso estribaba en que se expresaba en perfecto inglés, aunque con extraño acento.

—Depongan toda actitud hostil, que por otra parte no les serviría de nada. Arrojen sus armas y déjense conducir.

Sólo uno de los rusos comprendía el inglés y la propia excitación le impidió comprender el significado de las palabras pronunciadas por uno de aquellos extraños hombrecillos. Cuando se dio cuenta de que sus compañeros eran los únicos que portaban armas y que, por otra parte, no comprendían el inglés, los hombrecillos alzaban ya sus amenazadoras esferas, amenazándoles con ellas.

Rápidamente lanzó al suelo el electrofusil e hizo desesperados gestos para hacer comprender a sus compatriotas la necesidad de que hicieran lo propio con sus armas.

Fue a tiempo. Aquellos seres pudieron comprender la maniobra del ruso y depusieron su actitud. Poco después ninguno de los terrestres estaba en condiciones de hacer frente a sus posibles enemigos.

Volvió a oírse la extraña voz:

—Ahora es conveniente que se separen de esos objetos y avancen en columna hacia nosotros. El jefe debe ir en cabeza.

Barton miró a sus hombres y avanzó con paso resuelto hacia el cordón de hombrecillos, que se abrió para darle paso. Sus hombres y los rusos fueron tras él.

Uno de aquellos seres se destacó de los otros y con ingrávidos pasos se colocó junto a Barton. Éste tuvo la sensación de que aquél debía de ser el que comandaba a aquella facción que les había sorprendido.

La voz de siempre llegó hasta él.

—¿Cuál es su nombre? — oyóle decir.

Barton vaciló un momento recordando que su transmisor no funcionaba. Instantáneamente llegó a comprender que el defecto era debido a la influencia de aquellos seres, que sin duda tenían poder para anular la frecuencia de onda de sus transmisores. Casi en seguida volvió a oírse la voz.

—Puede usted hablar. Su «kay»... quiero decir, su aparato receptor y transmisor funciona. ¿Cuál es su nombre?

—Barton, ¿puedo saber quiénes son ustedes? ¿Cómo es que hablan nuestro idioma? ¿Adonde nos llevan?

—No puedo responder al mismo tiempo a sus preguntas. Ni creo que ustedes los terrestres puedan hacerlo tampoco— se advertía cierta desorientación en el ser desconocido —. Yo soy Angu, y como todos los que vienen conmigo, habitantes de «Tar». Para que pueda comprenderme mejor deberé decirle que ustedes conocen mi planeta con el nombre de Marte. En lo concerniente a por qué hablo su idioma, es asunto que llevaría cierto tiempo explicar. Hace tiempo que estudiamos a los terrestres y algunos de los nuestros, entre ellos yo, hablamos el inglés, que por otra parte parece ser el idioma más extendido en su planeta. Poco a poco vamos conociendo otras lenguas menos difundidas y que puedan sernos de utilidad para el futuro.

Sin saber por qué se le antojó a Barton que aquel «futuro» tenia un trágico significado para la Tierra. No obstante, preguntó al marciano:

—¿Debemos considerarnos en calidad de prisioneros?

—A esa pregunta no puedo contestar yo. No me atañe en absoluto. El «Sanga» será quien decida.

—¿Quién es «Sanga»? — preguntó Barton.

—Viene a ser algo parecido a lo que ustedes denominan «Gobierno», o «Congreso». ¿Me entiende?

—Perfectamente.

Apenas pronunció estas palabras llegaron al poco elevado borde de un cráter. En el centro del mismo pudo contemplar dos esferas de tamaño algo mayor que la del «United States» y que parecían gravitar a pocos metros del suelo sin que nada les sirviera de apoyo.

Eran seguramente de metal, pero aventurado afirmarlo por estar recubiertas de una pintura blanca muy parecida al barniz, pero de mucho más brillo.

Hacia ellas fueron obligados a caminar entre las dos filas de diminutos marcianos. Aparentemente aquellas esferas no tenían ninguna abertura que las comunicara con el interior. Más de improviso se abrió un panel en la curva superficie y por las aberturas respectivas hicieron acto de presencia dos escalerillas metálicas.

Cuando estuvieron ante ellas, Angu, el marciano, ordenó:

—Todos los terrestres, excepto Barton, deben subir a aquella nave. Sígame — ordenó luego a Barton.

Mientras el jefe de mecánicos del «United States» contemplaba extasiado las exóticas maquinarias no cesaba de pensar en qué habría sido del resto de la expedición. Realmente la situación era poco halagüeña. En manos de aquellos hombrecillos marcianos tan civilizados como ellos o más, y sin armas con que defenderse sólo quedaba esperar el curso de los acontecimientos.

Hasta el momento presente no distinguía las facciones de Angu ni la de sus acompañantes, mas en el interior de la nave los marcianos se movían desprovistos de la engorrosa escafandra. Poca o casi ninguna diferencia podía advertir en su aspecto físico con respecto a él mismo a no ser lo exiguo de la estatura de los marcianos y la pigmentación de la piel, mucho más clara que la de los terrestres. Casi todos ellos eran rubios y poseían grandes orejas picudas que les hacían parecer «gnomos» de las legendarias historietas de hadas. Sin embargo, pudo advertir que algunos de los marcianos eran morenos y poseían cabellos negros, aunque ninguno castaños o rojizos.

A su vez, los moradores de las esferas le miraban con insistencia, pero no había extrañeza en su expresión.

Cuando Angu se despojó de la escafandra, pudo advertir Barton que tenia la tez obscura y los cabellos negros. En cierta ocasión pudo ver sus brazos hasta casi el codo, comprobó que estaban totalmente recubiertos de vello. En cambio, el rostro estaba totalmente desprovisto de él.

Angu se acercó a un reducido tablero repleto de indicadores y dio una especie de órdenes en un idioma incomprensible.

Suavemente, Barton tuvo noción de que la esfera se elevaba.

* * *

Ray Roggers contemplaba el complicado trabajo de los científicos, en compañía de Dave Sterling y el inseparable Igor Kurkov.

Constantemente lanzaba nerviosas miradas al horizonte, tratando de descubrir la presencia de un posible y desconocido enemigo.

Esto se debía, sin duda más que nada, a su estado de excitación. Demasiado sabía que el radar denunciaría inmediatamente la presencia de cualquier objeto extraño que penetrase en su radio de acción, mucho antes de que él pudiera divisarlo.

Dave Sterling pareció apercibirse de la inquietud de Roggers, por lo que le radió:

—¿Qué le sucede, coronel? Teme acaso que nos sorprendan?

—No hay razón que nos impida creer que los objetos detectados por el radar sean astronaves habitadas por seres, o, incluso, por terrestres. De uno u otro modo seria tranquilizador saber a qué atenerse...

En aquel punto de la conversación se interfirió la voz de Kurkov.

—Abandonen ese sistema, señores. No conseguirán que trague el anzuelo. Su versión de los hechos no pasa de ser un tanto imaginaria, y tiene su poquito de ingenua...

En aquel momento se dejó escuchar una comunicación de la esfera, que anulaba a las otras comunicaciones. La voz excitada de Thelma llegó hasta todos.

—¡Llamada especial al coronel Roggers! ¡El radar ha dejado de funcionar por causas desconocidas!

Hubo un movimiento general en dirección a la esfera. Kurkov gritó una orden en su lengua al ruso que custodiaba a los científicos, y él mismo alzó su electrofusil a la par que gritaba en inglés:

—¡Que nadie se mueva! Si en realidad no funciona el radar, puede deberse a una avería fortuita.

—¡No sea necio, Kurkov!—gritó Roggers fuera de si—. Ya ha oído decir a la profesora Saurer que el mal funcionamiento del radar obedece a causas desconocidas. Desde ayer estamos tratando de convencerle de que un peligro nos amenaza. Un peligro real que no es producto de nuestra imaginación ni una trampa discurrida por nosotros, como usted cree. Si persiste en no dejar paso a nuestras palabras que tratan de llegar a su dura mollera, nos perderá a todos y

con nosotros a usted mismo.

—Ustedes los occidentales nos han creído siempre a los rusos hombres de pocas luces, cuando les hemos probado sobradamente que somos mucho más inteligentes que ustedes, al menos en lo que a política se refiere — sus palabras eran cortantes y rezumaban desprecio —. No podrán engañarme.

Roggers, que comenzaba a perder el control de sus nervios, creyó conveniente calmarse e insistir de nuevo. El tono de su voz no revelaba la tremenda agitación que le embargaba.

—Mire, Kurkov. Quiero que comprenda que en estos momentos no le hablo a usted como a ruso ni como enemigo. En estos momentos, mal que le pese, no es más que un terrestre que está a merced de lo que pueda significar esa interrupción en el aparato de radar. Soy sincero, sin embargo, al decirle que, si me preocupo por usted, es sencillamente porque su suerte va estrechamente unida a la nuestra.

Después de las palabras de Ray Roggers hubo una pausa. Todos esperaban que el ruso hablara, pero no hubo ocasión para ello.

La voz de Thelma volvió a resonar en los diminutos micrófonos de todas las escafandras; más que palabra fue un grito histérico.

—¡Vuélvanse! ¡Vean lo que hay detrás de ustedes! ¡Estamos rodea...!

El extraño fenómeno que Barton y sus hombres experimentaran volvió a repetirse. La radio dejó de funcionar inexplicablemente.

Todos se volvieron a una, a tiempo de ver un enjambre de hombrecillos ataviados con trajes especiales similares a los de los terrestres y obscuras escafandras brillantes. Rodeaban por completo la nave sideral, y era imposible calcular su número.

El centinela ruso pareció enloquecer de miedo y alzó su arma. Cualquier otro en su lugar hubiera hecho lo mismo si, como él, hubiese tenido con qué defenderse.

Fue rápido en su acción, y el violáceo flujo eléctrico brotó del electrofusil. Dos de los extraños hombrecillos se vieron envueltos por las llamas. Antes de que se desplomaran en el suelo, varios rayos anaranjados brotaron de las esferas metálicas de los marcianos.

Volvió a repetirse la escena. El ruso que había quedado en la

esfera apareció en el orificio que comunicaba el compartimento estanco con el exterior. De su electrofusil brotó el continuo rayo de color violeta. Tuvo menos suerte que su compañero, pues sólo logró alcanzar a uno de los marcianos. Varios rayos desintegrantes convergieron sobre él, volatizándole casi instantáneamente.

Kurkov tuvo buena prisa en arrojar lejos de sí el electrofusil en un mudo gesto que indicaba que no intentaba agredir.

Varios marcianos los rodearon inmediatamente, mostrando amenazadoramente sus terribles esferas. Y nuevamente la sorpresa de oír hablar en inglés a una garganta poco acostumbrada a hacerlo, pero que se expresaba correctamente pese a su tono ligeramente chillón.

—No intenten un nuevo acto hostil, o sufrirán las consecuencias. Ahora ya conocen el poder destructivo de nuestras armas — había irritación en la voz—. El jefe de este grupo debe separarse del resto.

Todas las miradas se volvieron hacia el coronel Roggers. El joven avanzó unos pasos hacia los marcianos.

Éstos le cedieron el paso, obligándole a marchar hacia uno de ellos, que sin duda era el Jefe. Estaba de espaldas a Roggers y, por lo que éste vio después, estaba «radiando» órdenes a sus hombres.

Cuatro marcianos se situaron frente a la esfera del «United States». Rápidamente montaron una esfera similar a las que empuñaban en sus manos pero de mayor volumen Roggers creyó entender que se disponía a desintegrar su astronave. Más que en la imposibilidad de regresar a la Tierra, si esto sucedía, pensó en Thelma, que aún estaba en el interior de la esfera.

El joven dio un poderoso salto que le llevó frente a los cuatro marcianos y su arma siniestra. Desesperadamente comenzó a hacer gestos con los brazos. Los hombrecillos cesaron en sus manejos, esperando, sin duda órdenes de su jefe.

La voz extraña vibró de nuevo en el receptor de Roggers, que equivalía a decir que todos los terrestres podían escucharla.

—¿Qué es lo que desea? Hable, porque puedo escucharle.

—No destruyan la esfera. Hay un ser vivo dentro de ella. Por otra parte, sería nuestra destrucción, ya que hay en el interior de nuestra nave proyectiles atómicos, que, de estallar, nos barrerían de la superficie lunar.

Hubo una pausa, después de la cual los cuatro marcianos

avanzaron en rápidos saltos hacia la esfera.

Roggers volvió a dirigirse al jefe marciano.

—Sería conveniente que yo fuera con ellos. Si puedo utilizar la radio, esa persona me permitirá la entrada a la astronave. Si no confía en mi, pueden acompañarme sus hombres.

—Vaya — fue la respuesta tajante. Varios marcianos más le acompañaron a la esfera.

Cinco minutos después regresaba el cortejo, en el centro del cual venia Thelma y Roggers.

—Síganme — ordenó el hombrecillo que se expresaba en inglés.

Escoltados por la doble hilera de marcianos, avanzaron a grandes saltos en la dirección marcada por el diminuto jefe.

De pronto aparecieron cinco esferas blancas que se balancearon graciosamente, mientras perdían altura.

Thelma, Roggers, Horst, Saurer, Sterling y Kurkov fueron invitados a seguir al jefe del pequeño ejército. El resto de los científicos fue repartido entre las otras esferas.

Cuando nadie quedó sobre la desolada superficie de la luna, las cinco naves esféricas iniciaron su gracioso balanceo, ganando altura. Cualquier observador perspicaz hubiera advertido que en su ascenso se desviaban ligeramente en dirección al Sol.

A determinada altura comenzaron a despedir gases, siendo impelidas hacia determinada dirección.

VI

DANDRA, LA CIUDAD LUNAR

ENORME fue la sorpresa de los recién llegados al ver a Barton en la esfera.

—¿También ustedes han caído? — preguntó el técnico en motores.

—¿Qué ha sido del resto de los hombres? — preguntó Roggers — ¿Sucumbieron?

—Afortunadamente estábamos desarmados. Sólo uno de los rusos ha muerto desintegrado. Los demás están repartidos en otras naves.

—¿Qué sabe de todo esto, Barton? — volvió a preguntar el coronel.

—Bastante. ¿Acaso ustedes no?

—Naturalmente. ¿Cree que podemos estar enterados de algo? No sabemos nada más que nos atacaron por sorpresa y nos redujeron casi inmediatamente. ¿Quién es ese extraño ser que habla nuestro idioma? ¿A qué planeta pertenecen?

—Es una historia bastante larga. Estamos en poder de los marcianos...

—¡Cómo! ¿Es eso posible? — exclamó Horst Saurer.

—Si no me han mentido, así es —aseguró Barton—. Esta es la nave del Jefe, Angu. No sé de qué medios se habrán valido, pero algunos de ellos hablan el inglés bastante bien.

—Hemos tenido ocasión de comprobarlo —dijo Dave Sterling.

—¿Qué intenciones abrigan respecto a nosotros? — inquirió Ray.

—Ese punto está algo obscuro, ya que Angu no me ha dicho nada en concreto. Tan sólo dijo que nuestro destino dependía de la decisión del «Sanga», que viene a ser una especie de Senado de los marcianos. Pero me extraña que Angu no haya sido tan explícito con ustedes; a pesar de todo, resulta un tipo agradable y suficientemente atento.

—Quizá se deba a que cuando nos asaltaron a nosotros perdiera a tres de sus hombres — apuntó Dave Sterling.

Estaban reunidos en una estancia triangular de reducidas dimensiones, sin que nadie, al parecer, les vigilara, aun cuando no había puerta alguna que les impidiera salir.

Un hombrecillo de negros cabellos y piel tostada hizo irrupción en la pieza, por primera vez; al verlo tan de cerca, advirtieron que el iris de los ojos era de un tono rojo subido. El semblante del marciano era hosco y su irritación se acentuaba en el fruncido ceño.

Sin proferir ni una sola palabra de saludo, oprimió un resorte y de las paredes metálicas surgieron hasta siete banquillos anatómicos.

—Este es Angu — susurró Barton.

El marciano dijo:

—Pueden sentarse ustedes.

Obedecieron todos sin pronunciar una sola palabra.

Angu permaneció de pie en el centro de la estancia triangular en actitud meditativa. Se advertía fácilmente que trataba de ordenar sus ideas para que al traducirlas al idioma extraño fueran comprendidas fielmente por los terrestres. Al fin alzó sus ojos de exótico color bermellón, que despidieron fosforescencias rojizas.

—He advertido que tienen ustedes varios Jefes. Ignoro sus costumbres, pero nosotros los «taren»..., olvido que ustedes nos denominan marcianos; sólo tenemos uno. Es decir, usamos una jerarquía que tiene un solo jefe del que dependen otros, pero siempre independientemente de los demás. Supongo que ustedes tendrán un solo jefe, y que los demás dependerán de él. ¿Es así?

Fue Barton el que respondió:

—Así es en efecto, Angu; y nuestro jefe es el coronel Roggers.

A nadie pasó desapercibida la corriente de mutua amistad que parecía haberse establecido entre Barton y el marciano. Las palabras de éste vinieron a confirmar la opinión general.

—Celebro que no seas tú el jefe de todos los terrestres, porque el tal habrá de comparecer ante un tribunal para responder de la muerte de tres de mis hombres.

Un silencio denso se hizo en la estancia, Roggers, por ser el interesado, fue el primero en reaccionar.

—¡Eso es ridículo!—exclamó—. En primer lugar, yo no ordené que se disparara contra sus hombres. De otra parte, los terrestres que actuaron de este modo lo hicieron de igual modo que lo habrían hecho ustedes, si hubiéramos sido nosotros los asaltantes. Tuvieron ocasión de ponerse en comunicación con nosotros, y la prueba de que es así es que ustedes conocen nuestro sistema de comunicación, cuando tan fácilmente lo anularon. Ya con anterioridad inutilizaron nuestro radar, para evitar que pudiéramos conocer su proximidad. En un caso tan desusado como éste, no puede emplearse un criterio tan duro. Siempre había una pausa antes de que el marciano contestara. Era evidente que tenía que traducir no sólo sus palabras, sino también sus ideas.

—Su opinión difiere bastante de nuestra mentalidad. Lo que no podrá negar es que fueron ustedes los primeros en agredir. De todos

modos, no están en condiciones de aducir nada.

Barton trató de intervenir en favor del coronel Roggers.

—Angu, del único hecho que acusa al coronel es el de la muerte de los tres hombres de Marte, ¿no es así?

—Por ello tan sólo le juzgará el tribunal — repuso Angu, con evidentes muestras de no conocer el verdadero alcance de la argumentación de Barton.

—En ese caso, es preciso que conozcas la verdad — prosiguió éste —. El jefe de los terrestres no es responsable del delito que le imputas. El verdadero culpable es otro terrestre que nada tiene que ver con nosotros, y que se apoderó de nuestra espacio-nave, apenas descendimos sobre la Luna.

En este punto intervino Roggers:

—No permito que siga por ese camino, Barton Kurkov puede ser un canalla, pero en cierto modo tampoco es responsable de la acción de sus hombres; si alguna culpa hubo, ya la pagaron quienes la cometieron. De ninguna manera puedo consentir que se inculpe a un tercero por favorecerme a mí. Si los marcianos quieren juzgar al jefe de los terrestres, ése soy yo. Y como tal, el verdadero responsable de cuantos navegaron en el «United States».

Angu miraba alternativamente a uno y a otro, limitándose a escuchar. Sin duda, la manera de proceder de los terrestres se le antojaba extraña en alto grado.

Al fin se decidió a hablar:

—Basta. Ésa es cuestión que ha de dilucidar el Tribunal. — Luego, como hablando directamente con Barton, añadió—: Tendré bien presente, cuando llegue la hora de informar, sus objeciones.

Un tripulante marciano se asomó a la estancia para decir algunas palabras incomprensibles. Angu respondió algo, y se volvió a los terrestres para decir:

—Dentro de poco estaremos en Dandra.

No añadió nada más que pudiera hacer comprender a los hombres de la Tierra qué era Dandra.

Siguiendo el curso de la buena lógica, había transcurrido muy poco tiempo desde que despegaron para haber salido de la Luna.

Evidentemente, Dandra debía ser algún lugar determinado de la Luna, a no ser que las esferas de los marcianos alcanzaran velocidades diabólicas jamás soñadas.

La estancia en la que se hallaban no tenía ningún contacto con el exterior para poder ver por dónde navegaban.

Miles y miles de conjeturas se formaron al respecto, sin que ninguna de ellas adujera alguna luz al asunto.

Poco después que Angu saliera, la esfera en que navegaban Roggers y sus amigos, comenzó a dar la sensación de que reducía la velocidad, y poco a poco iba descendiendo. La operación fue rápida, porque casi en seguida reapareció Angu.

—Dispónganse a descender. Hemos llegado a Dandra.

Los terrestres prepararon sus escafandras, pero el marciano cortó la acción con unas palabras que asombraron a sus prisioneros, aun cuando la palabra sorpresa comenzaba a perder su valor.

—No es necesario que tomen esas precauciones. Podrán respirar perfectamente sin ellas.

Más que sus palabras, les convenció el hecho de que el mismo Angu iba desprovisto de su capuchón obscuro, e incluso de sus ropas especiales para caminar por la superficie de la Luna.

Una vez fuera de la estancia, pudieron comprobar que el resto de los marcianos tampoco habían tomado precauciones.

Llevando las escafandras bajo el brazo, siguieron a Angu, que, precediéndoles, bajó por la escalerilla de metal. Las dos puertas del compartimento estanco, muy similar al de la esfera del «United States», estaban abiertas, lo que equivalía a decir que la atmósfera del exterior y la presión eran perfectamente respirables y normal respectivamente.

Las exclamaciones de asombro se sucedían a medida que los terrestres llegaban al suelo, que, contra lo que esperaban, era de una especie muy similar a la del concreto de cemento.

Automáticamente alzaron sus rostros a lo alto, donde les esperaba una nueva sorpresa. Una monumental cubierta de material plástico, al parecer, les separaba del obscuro cielo tachonado de estrellas.

Estaban en un amplio recinto semejante a un enorme invernadero, pero de ciclópeas dimensiones.

Barton, que no se separaba de Angu, preguntó maravillado:

—¿Dónde nos hallamos? ¿Qué es esto?

Los labios del marciano se esponjaron en una sonrisa de halago. Se advertía cierto envanecimiento en el tono de su voz.

—Esto es Dandra.

—¿Quiere decir esto, que hemos abandonado la Luna? —intervino Roggers.

—No. No hemos salido de ella. Es una ciudad experimental de «Tar» en lo que ustedes llaman la Luna.

—¿Cómo es posible su existencia, sin que los observatorios astronómicos de nuestro planeta la hayan descubierto? — adujo Horst Saurer, que se había aproximado al grupo. Sus ojos brillaban excitados por el ansia de nuevos conocimientos.

—Muy sencillo — replicó Angu—. Porque Dandra está emplazada en el hemisferio de la Luna que ustedes jamás pueden ver.

El resto de los terrestres descendió de las esferas y se agruparon en torno a ellos. Sus guardianes parecían haber abandonado toda clase de precauciones, que por otra parte, estaban de más.

En unos momentos se formó un caos de acuciantes preguntas y nerviosas respuestas. Incluso Kurkov se interesó en saber.

El murmullo de voces se apagó cuando vieron venir hacia ellos doce grandes vehículos que avanzaban rápidos por el suelo de concreto. Su estructura era muy similar a los trineos atómicos, a excepción de que estos extraños vehículos, al igual que las esferas, no se apoyaban en el suelo.

Horst Saurer no podía resistir sus anhelos de saber. Por ello, se dirigió al marciano:

—¿Puede explicarme el fenómeno por el cual todos sus vehículos parecen no posarse sobre el suelo?

—No entiendo el sentido de la palabra «fenómeno» — respondió Angu.

—El profesor Saurer desea saber a qué se debe que sus vehículos parecen flotar — dijo Roggers.

El rostro del hombrecillo moreno se iluminó con una sonrisa de

comprensión.

—Ahora lo he comprendido perfectamente. Pero aun así me pone en un aprieto. En mi idioma no podrían comprenderme.

De un oculto bolsillo de su abultado traje de fibras desconocidas extrajo un pequeño librillo en el que consultó.

—Creo que podré hacerme entender. Lo que tanto les extraña lo conseguimos mediante las ondas electromagnéticas. Esto, al menos, es el nombre que le da Clayton.

—¿Ha dicho Clayton? — preguntó Roggers, estupefacto.

De momento no hubo respuesta, porque Angu comenzó a dar órdenes para la distribución de terrestres y marcianos en los doce vehículos.

Cuantos habían viajado con Angu en su esfera fueron invitados a ocupar el vehículo que el marciano había designado para sí.

Inmediatamente después partieron en dirección a un extremo de la monumental cubierta.

Roggers volvió a interpelar al marciano:

—Hace unos segundos nombró a un tal Clayton. ¿Es por casualidad un terrestre?

—y de su misma nacionalidad, supongo. Llegaron procedentes de su planeta ya hace mucho tiempo. No tardarán en conocerle.

Roggers se volvió hacia los suyos.

—Ya no cabe duda alguna de que el primer cohete lanzado hace casi cincuenta años llegó a la Luna. Será maravilloso poder cambiar impresiones. Parece ser que es alguna autoridad entre los marcianos.

Sin duda alguna, Angu había tenido hasta entonces un concepto un tanto raro respecto a los terrestres, porque parecía desconcertado con su comportamiento e, incluso, comenzó a ser más explícito Era evidente que estaba decepcionado favorablemente hacia los hombres de la Tierra.

—Dentro de poco — decía — llegaremos a una especie de pozo que nos llevará al corazón de la verdadera Dandra, situada bajo la corteza de la Luna. Allí habremos de abandonar los «raps»...

—¿Qué son los «raps»? — preguntó Barton.

—Son los vehículos en los que viajamos. Su nombre suena así, pero nuestra escritura difiere por completo de la de ustedes. Una vez en el corazón de Dandra deberemos presentarnos ante Jut — aquí su rostro se ensombreció—. Jut es el Jefe de Dandra.

Los «raps» se detuvieron al fin y con toda rapidez descendieron sus ocupantes, que fueron nuevamente acomodados en unas plataformas que los descendieron rápidamente hacia Dandra.

Esta vez fueron acomodados en una especie de ferrocarril que corría sobre una sola vía.

A medida que se aproximaban a la ciudad, el rostro de Angu cobraba dureza. Roggers comprendió que ello estaba relacionado con su próximo futuro.

Kurkov estaba cerca de él. Cuando se encontraron sus miradas, la del ruso se desvió.

—¿Cree ahora que nuestros avisos eran una añagaza? De poco va a servir su recelo y desconfianza. Como le prevenimos, su suerte es ya la nuestra.

—No podía proceder de otro modo — replicó Kurkov, evasivo —. De todos modos, el final supongo que habría sido el mismo. De nada hubiera valido que nos armáramos todos. Los marcianos actuaron con una rapidez desconcertante. De lo que he podido deducir, también sus compatriotas fueron apresados de igual modo cuando llegaron aquí hace algunos años.

En aquellas circunstancias no había lugar para el rencor. Así lo entendió Roggers, pues dijo:

—Me veo obligado a reconocer que no falta razón a sus palabras.

Hubo un denso silencio en el que todas las miradas se concentraron sobre la figurilla de Angu.

Éste pareció sentir gravitar sobre él el peso de todas ellas y trató de rehuirlas. Estaba realmente molesto.

Barton fue el que preguntó:

—Creo expresar la opinión de los míos al decir que he observado cierto malestar en ti, a medida que nos acercamos al fin de nuestro viaje. ¿Guarda relación con nuestro destino? ¿Qué sucederá a quien el Tribunal considere culpable de la muerte de sus hombres?

—Preferirla no responder a esa pregunta — sus rojizas pupilas se dilataron al posarse su mirada sobre Kurkov y luego en Roggers.

El joven coronel dijo:

—Su mirada ha sido más expresiva que sus posibles palabras. A pesar de ello, le pido que me confirme en mis sospechas. ¿Qué espera?

—No sé si será usted, Kurkov, o, tal vez yo también. Los condenados a muerte son lanzados al espacio en una espacionave semejante a sus cohetes de ustedes, y, una vez en el vacío, se desprende cierta parte de la estructura del cohete y los condenados mueren por asfixia y falta de presión. Es una muerte espantosa, porque no se sabe jamás cuando sucederá y a veces navegan días y días. Nada puede hacerse, porque este ataúd no puede dirigirse desde dentro.

El onimoso silencio se quebró por el angustioso grito de horror de Thelma, que se lanzó sobre Roggers, abrazándose fuertemente a él y sollozando de horror.

—¡No es posible que hagan eso contigo, Ray! — gritaba—. Tú no tienes culpa de la muerte de esos marcianos. Es Kurkov quien debe pagar. Él y no tú es el verdadero culpable.

El ruso estaba completamente pálido, pero no dijo nada. Las facciones de Roggers parecían esculpidas en granito, tal era la rigidez de su rostro.

—Calma, Thelma. Ni él ni yo somos responsables de nada. Así habrá de comprenderlo ese Tribunal que nos ha de juzgar. Y a pesar de todo, es prematuro afirmar que el Tribunal nos condene. Esperemos sin perder la calma, que a nada ha de conducirnos.

Angu se puso en pie, acercándose a Roggers. Miró con recelo a todas partes.

—El Tribunal será demasiado parcial. Justo es que lo reconozca. En realidad, Tar, o sea Marte, se está preparando para invadir la Galaxia Solar. Los que no sean castigados por el Tribunal, conservarán su vida mientras sean útiles al Gran Sanga. No preguntéis más, porque he hablado demasiado. Si no me condenan por la muerte de mis hombres, bastarían estas confidencias para acompañar a los condenados en su último viaje.

Roggers y el resto de los terrestres correspondieron con una mirada de simpatía. Sabían que Angu jamás seria para ellos un

enemigo.

El ferrocarril se detuvo, y los terrestres recibieron la orden de descender de él.

Un maravilloso espectáculo se ofreció a sus ojos. Dandra era una pequeña gran ciudad de edificios exóticos construidos con un material idéntico al de la cubierta de la superficie. El piso era del mismo concreto que arriba.

Nuevamente fueron acomodados en «raps» que se deslizaron veloces por el inteligente trazado de las calles de Dandra.

Multitud de marcianos pululaban por ellas.

Los «raps» fueron a detenerse ante un edificio de peculiar construcción y algo mayor que los otros.

—Aquí reside Jut— indicó Angu, sombríamente

Capítulo VII

LOS DESINTEGRADORES DEL TIEMPO

LOS terrestres, siguiendo las instrucciones de Angu, penetraron en el imponente edificio, residencia de Jut.

Fueron introducidos en una gran sala, en la que tuvieron que aguardar.

—Pronto se presentará ante nosotros Jut. Mirad, aquél es — dijo Angu—. Entre nosotros el color es signo de mando.

El marciano hizo una especie de reverencia al que acababa de entrar en la gran estancia.

Durante buen tiempo conversaron aquellos dos nombres en su idioma, sin que, lógicamente, Roggers ni los suyos pudieran comprender lo que decían. No obstante, pudieron observar que, pese al respeto que Jut inspiraba a Angu, el pequeño marciano mostraba cierta disconformidad con el alto gobernante.

Al término de la conversación, Jut interrogó en inglés a Roggers y Barton, haciéndoles repetir ante él las historias que ya conocemos.

La entrevista fue corta, pues antes de que llegaran a Dandra los

prisioneros terrestres, ya el Gran Sanga había dado órdenes concretas respecto a ellos.

Jut dio por terminada la entrevista y desapareció tan rápidamente cuanto habla tardado en aparecer.

Angu parecía desolado.

—El Gran Sanga ha decidido ya. Jut ha recibido órdenes pertinentes de «Tar» para que seamos trasladados hasta allí. El que yo mismo sea llamado significa que yo también seré juzgado por el Tribunal.

—¿Cuándo embarcaremos hacia Marte? — preguntó Roggers.

—No habrá embarque de ninguna especie — respondió Angu—. Mañana seremos enviados a «Tar».

—Creo haber advertido cierta entonación especial en la palabra «enviados» — dijo Barton.

—Es cierto. Por la pregunta del coronel Roggers ha comprendido que ustedes esperan que nos traslademos a «Tar» en astronaves semejantes a las que nos han traído hasta aquí.

El gesto de estupefacción que compuso Barton y el resto de los terrestres, pareció divertir al marciano.

—¿De qué otro modo podría ser? — preguntó Horst Saurer.

Mientras hablaban habían salido del edificio y se disponían a subir de nuevo a los rápidos vehículos «raps».

—Voy a satisfacer su curiosidad, profesor Saurer. No me maravilla su extrañeza, pues sé que ustedes los terrestres no admiten más que tres dimensiones, cuando en realidad existen cuatro.

—Está usted hablando de la relatividad, teoría que expuso, casi ha un siglo, un sabio terrestre llamado Einstein — dijo Roggers con un soplo de voz.

—Creo haber oído pronunciar ese nombre al profesor Clayton — respondió Angu— La realidad es que existe esa cuarta dimensión y que no es otra que el tiempo. A fuer de sincero he de admitir que nosotros los marcianos aún no la conocemos a fondo, pero es un hecho que la hemos descubierto. Consecuencia de ello es que mañana seremos transmitidos a Marte a través del tiempo.

Nadie dijo nada. Después de ver tantas cosas increíbles podían esperarlo todo por más descabellado que fuera, y aquello que proclamaba Angu no podía serlo más.

El marciano, acuciado por el interés que despertaban sus palabras, prosiguió hablando:

—El proceso de desintegración de la materia es un tanto complicado y yo no estoy capacitado para explicarlo científicamente. Únicamente puedo decirles que los objetos que han de ser «transmitidos» son previamente introducidos en una gran campana de una substancia similar al... plomo, eso es, inmediatamente se procede a desintegrar la materia que se transmite a través del tiempo y es «recogida» por una estación receptora en Marte, donde se sigue el mismo proceso, pero a la inversa. Prácticamente no se invierte tiempo en desplazarse de aquí a Marte. No en balde se consigue destruirlo. El viaje en nuestras esferas seria lentísimo y habrían transcurrido meses antes de que llegásemos a nuestro destino.

Los rostros de los terrestres demostraban claramente su estupefacción. Más de una boca quedó abierta cuando Angu cesó de hablar. Saurer miró a Roggers.

—¿Comprende usted el verdadero alcance de ese maravilloso sistema de desplazamiento, coronel Roggers?

—Es maravilloso — respondió el joven.

—Puede ser maravilloso desde el punto de vista científico, no cabe duda, pero resulta realmente monstruoso si se tiene en cuenta que los marcianos tratan de apoderarse de la Tierra en su vasto plan de adueñarse por completo de la Galaxia Solar.

—¡Maldición!—rugió Roggers— . No había reparado en ello. Verdaderamente el solo pensarlo produce escalofríos. En caso de un ataque de Marte a la Tierra, bastarla que los marcianos estableciesen una cabeza de puente en cualquier parte del mundo y construyesen una de esas diabólicas estaciones receptoras de materia y tiempo desintegrados para que en el acto tuviesen sobre la tierra todos sus efectivos militares. Y es necesario confesar que hoy por hoy, dividida como está la Tierra, no podrían oponer una resistencia eficaz. Todo se reduciría a cuestión de horas. Los marcianos dominarían a la orgullosa Tierra.

—Así será cuando el Gran Sanga esté en condiciones de poder iniciar la ofensiva — asintió Angu.

Era curioso, pero no había ningún destello de orgullo en sus palabras.

—¿Qué detiene al Mando marciano? — preguntó Roggers.

—Las causas se mantienen dentro del más riguroso secreto. Pero una de ellas es que no poseemos suficientes esferas para invadir la Tierra. El material de que se fabrican es bastante difícil de conseguir y no se obtiene con la premura que el Gran Sanga desea. En la Tierra lo hay en gran cantidad y por ello y otras poderosas razones son por lo que es tan codiciado su planeta de ustedes.

En estas razones llegaron al lugar en que se había dispuesto su alojamiento.

Por lo visto, la electromagnética era un juguete en manos de los científicos marcianos. La mayoría de los objetos parecían flotar en el aire. Jamás soñaron los terrestres con lechos más cómodos que los que los marcianos dispusieron para ellos.

La mayoría de los hombres se dispusieron a aprovechar el tiempo que mediaba hasta que fueran enviados a Marte.

Angu compartió el local con los terrestres. Horst, que no veía satisfechos jamás sus deseos de saber, volvió a interrogar a Angu, que, necesario es decirlo, se sentía a su gusto entre los moradores de la Tierra, a quienes siempre había creído seres sanguinarios, pues el Gran Sanga habla tenido buen cuidado en hacerlo creer así para incubar el odio en el pecho de todos los marcianos.

—¿Cómo consiguen que la atmósfera de la Luna sea respirable en Dandra?

—Eso es cuestión científica en la que yo no estoy muy fuerte, pues no soy más que un militar. Puedo decirles, no obstante, que la atmósfera de la Luna es casi respirable. Nuestros sabios le añaden algunos gases que le faltan, el hidrógeno entre ellos, y consiguen hacerla respirable a nuestros pulmones. Lamento no poder serle de más utilidad, profesor. Ahora es conveniente descansar, porque la operación de «transmitirnos» a «Tar» nos agotará notablemente. ¡Ah! Se me olvidaba decirle, coronel Roggers, que nuestros médicos han advertido que uno de sus hombres sufre hace unos días una fractura en un brazo y han procedido a hospitalizarlo. Mañana mismo estará con nosotros en «Tar»; no debe preocuparse por él.

* * *

Mucho antes de que les despertaran, la mayoría de los terrestres estaban ya en píe. Habían comprobado lo confortable de las camas y su acción reparadora. Por otra parte, la tensión nerviosa les impedía conciliar el sueño.

El coronel Roggers fumaba un cigarrillo asomado a un amplio ventanal desde el que podía ver gran parte de los edificios de Dandra.

Para Angu era aquel un espectáculo nuevo. La primera impresión del marciano al ver echar humo por las narices al terrestre fue de sorpresa, casi de miedo. Mas al ver que varios terrestres más imitaban a su Jefe, la curiosidad se apoderó de él.

—¿Qué tal ha descansado, coronel?

—Magníficamente — respondió el aludido, volviéndose.

Al hablar proyectó involuntariamente una nube de humo al rostro del marciano, que pareció ahogarse. En su garganta prendió la tos.

—¿Qué es eso? — inquirió entre toses —. Su aroma es delicado, pero tiene los efectos del gas corrosivo.

— ¡Oh, no! — se apresuró a decir Roggers— Es un vicio muy arraigado entre los terrestres. Es un cigarrillo, y estas hebras doradas son tabaco.

El marciano abrió desmesuradamente sus ojos bermejos,

— ¡De modo que es eso! Miles de veces he oído esa palabra y no sabía lo que pudiera ser.

A ellos se sumó la presencia de Barton, que igualmente sostenía un cigarrillo entre sus labios. Angu no podía acostumbrarse a hablar con aquellos hombres que al hacerlo arrojaban nubes de humo por boca y nariz.

Media hora más tarde vino una cohorte de marcianos para conducirlos a la Estación que habría de «emitirlos» a Marte. Angu explicó que ellos le denominaban «Pling».

En los veloces «raps» fueron trasladados en su totalidad, a excepción hecha del mecánico del brazo fracturado, que quedó en Dandra.

Apenas traspasaron el umbral del edificio del «Pling» quedaron sobrecogidos. Todo imponía allí, quizá porque la mayoría de los instrumentos que por todas partes se alzaban eran desconocidos para los terrestres.

Como medida preliminar se les ordenó que se embadurnaran con una especie de grasa especial aceite.

Todos realizaron la operación como meros autómatas, aleccionados por Angu el marciano. Él mismo buscó una cabina para que Thelma pudiera hacerlo también.

Cumplido este requisito, volvieron a vestir sus ropas. A ninguno de los terrestres se le ocurrió desprenderse de las especiales, pues en todas las mentes anidaba la idea de recobrar la libertad de un modo u otro. Por otra parte, nadie objetó nada al particular.

Inmediatamente después fueron introducidos en una gran cámara en tinieblas, que alumbraban unas lucecillas de difusa coloración rojiza.

Angu creyó oportuno aconsejar a los terrestres:

—Dentro de breves segundos se apagarán las luces y sonará una especie de chirrido. Estas serán nuestras últimas sensaciones en Dandra. Inmediatamente después estaremos ya en «Tar».

La tensión nerviosa de aquellos hombres contrastaba con la tranquilidad absoluta del hombrecillo de Marte. A los terrestres no podía caberles la idea de que después de desintegrados pudieran ser vueltos a la vida nuevamente.

Thelma se abrazó a Roggers.

—¡Creo que esto es una trampa, Ray! Quizá esto no sea más que una cámara de muerte. Una vez aquí dentro, seguramente nos matarán.

—No pienses esas cosas, Thelma. Observa que también está con nosotros Angu.

—El ya dijo que seguramente seria juzgado por la muerte de sus tres hombres. Tengo mucho miedo, Ray. Quisiera que antes de morir supieras que…

—Olvida todas esas cosas, Thelma. Nada habrá de sucederte; seré juzgado por ese Tribunal marciano y habrán de reconocer mi inocencia; mas, si así no fuera, quiero, antes de que me suceda nada,

decirte que tienes una naricilla muy linda y que si quedas soltera para toda la vida, sólo a los marcianos deberás culpar.

La linda profesora pareció no dar crédito a lo que estaba oyendo. Sus bien perfiladas cejas iniciaron un acto de fruncimiento.

—¿Es posible que tengas ganas de bromear?

Roggers no tuvo tiempo de poder contestar. En aquel momento el recinto quedó sumido en sombras y sonó un chirrido similar al de los zumbadores eléctricos.

—Ray — susurró ella cálidamente.

En la obscuridad sus labios se juntaron nerviosamente en una postrer caricia que tenia todas las características de ser la última.

De todas partes comenzaron a brotar rayos de luz lechosa que tenían la particularidad de no disipar las tinieblas.

* * *

Como si nada de lo anteriormente relatado hubiese existido, se hallaron de nuevo en el mismo sitio, alumbrado con la misma tonalidad rojiza que daba al recinto carácter de penumbra.

Nadie pronunció palabra hasta que Angu dijo, casi alegremente:

—En otras ocasiones podría decirles: ¡bien venidos a «Tar»!

Todos miraron al marciano, pero sin atreverse a formular pregunta alguna. El grupo de terrestres componía el más vivido cuadro plástico del estupor.

—Comprendo la extrañeza de ustedes — volvió a decir Angu — Pero es cierto que estamos en Marte. En estos momentos recibiendo una ducha que alejará de nosotros el peligro de la radiactividad.

Al conjuro de aquellas palabras se abrió una puerta similar a la que se cerró tras ellos allá en el «Pling» de Dandra. Angu les hizo una seña para que fueran tras él.

El edificio al que traspusieron era idéntico en todos sus detalles al de Dandra, hasta el extremo de que los terrestres se preguntaron si todo no seria más que una broma de los marcianos.

Mas las dudas se desvanecieron cuando asomaron al exterior del edificio de «Pling». La atmósfera era densa y cálida, pero perfectamente respirable. Un sol luminoso brillaba en su cénit.

—¡Es cierto! — gritó alborozado Barton—. Estamos lejos de la Luna. Ardo en deseos de ver los grandes y discutidos canales de Marte. Debe ser una especie de Venecia de colosales dimensiones. ¿Es cierto que existen canales en este planeta, Angu?

El marciano hizo un gesto de extrañeza.

—No sé que haya canales en «Tar», a no ser los antiguos que los labriegos usan para regar las tierras.

Con gran sorpresa advirtieron que estaban custodiados por una fuerte escolta. Esta vez no era Angu el que la mandaba. Nuevamente aparecieron los imprescindibles «raps».

Como en Dandra fueron alojados en un edificio común.

El jefe de la escolta cambió algunas palabras con Angu y desapareció de la vista de los terrestres.

Roggers y Barton se aproximaron al marciano.

—¿Alguna noticia? — preguntó el primero.

—Una sola y poco alentadora. Mañana se reúne el Gran Sanga y será él mismo quien nos juzgue.

—¿Nos juzgue? — preguntó Barton, extrañado—. ¿Quiénes?

—Roggers, Kurkov y… yo.

—¡Pero es estúpido! — clamó Roggers—. ¿De qué delito pueden acusarle los suyos? Ya es suficiente que lleven su crueldad tan lejos que quieran imputamos a nosotros una falta que realmente no existe, pero hacerle responsable a usted de la muerte de los tres marcianos es ya vesania.

Para el hombrecillo era aquella desinteresada defensa de los terrestres el clarín de una novísima doctrina. Una luz de rebeldía brilló en sus bermejas pupilas, para morir casi instantáneamente y dejar paso a la luz apagada de la resignación.

—Vuestras palabras suenan doblemente extrañas a los oídos de un marciano. ¿Qué otra cosa podría hacer yo, si no es resignarme a mi suerte?

—Eso se llama cobardía o fanatismo, Angu — sentenció Roggers —. Yo mismo, sin menospreciar el peligro, no me resigno a mi suerte que considero injusta.

—Hablas así porque en realidad no conoces nuestra verdadera situación. Todo el pueblo de «Tar» caería sobre ti si intentaras algo.

—A pesar de ello lucharé hasta donde lleguen mis fuerzas, pero lo habré intentado todo y sólo entonces sabré que lo que suceda después era designio de Dios.

Barton creyó preciso intervenir, tratando de ahuyentar con sus palabras el tinte sombrío que adquiría la conversación.

—Creo que después de todo es prematuro enjuiciar los hechos desde el punto de vista que ustedes determinan. Hasta mañana, que se celebrará el juicio, nada podemos saber. Quizá haya un bien entendido entre todos.

La triste sonrisa que esbozó Angu bastó para disipar la poca convicción que animaba a las palabras del Jefe de mecánicos.

Roggers extrajo su casi vacío paquete de cigarrillos e inconscientemente lo tendió en dirección al marciano. Cuando se dio cuenta ya era tarde. Angu había cogido ano de ellos y lo examinaba curiosamente.

Ante la expectante mirada de los dos terrestres lo colocó entre sus labios, imitándoles.

Cuando el sonriente Barton le aproximó la vacilante llamita para que el marciano encendiera, éste dijo:

—Será una nueva sensación antes de abandonar el mundo de los vivos.

Pese a que las primeras bocanadas de humo le hicieron toser estrepitosamente, no por ello arrojó el cigarrillo. Imitando los gestos de sus nuevos amigos continuó fumando hasta que el fuego, llegándole a las yemas de los dedos, le obligó a soltar el consumido cigarrillo.

—Es un vicio estúpido — dijo—. Porque no produce ninguna sensación, pero considero que es terriblemente fácil habituarse a él, debido a que lo insubstancial de su ejecución contribuye a sosegar los nervios. Creo que hubiéramos podido llegar a comprendernos.

—Angu, ¿te gustarla regresar con nosotros a la Tierra?

—Amigo terrestre, eso es muy fácil de decir, pero imposible de realizar. A nadie se le ocurriría intentarlo. Es imposible escapar al Gran Sanga. No se recuerda ningún caso de alguien que lo haya conseguido.

—Quizá porque nadie lo ha intentado. Si tan seguro estás de que el fallo del Gran Sanga ha de ser de muerte, ¿qué podremos perder si intentamos escapar?

La razón era de peso y no podía dejar de convencer a cualquiera, aunque este cualquiera fuese un marciano. Angu no dudó mucho.

—Estoy dispuesto a intentarlo. Tengo un resorte oculto que puede ser un factor importantísimo, pero no diré en qué consiste, para no haceros concebir falsas esperanzas.

Roggers tendió su diestra al hombrecillo, que no comprendió el gesto del terrestre.

—En la Tierra acostumbramos a sellar un pacto — dijo Barton — dándonos la mano.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del marciano. Dave Sterling, que estaba no lejos de ellos, juró que las puntiagudas orejas del hombrecillo se agitaron alegremente.

—Puede que so trate de una ilusión óptica — se dijo—, pero...

Capítulo VIII

LA SENTENCIA DEL GRAN SANGA

LA puerta de la estancia en que estaban recluidos se abrió de nuevo. Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

Un grito de asombro se escapó del grupo al identificar al recién llegado, tras el que volvió a cerrarse la puerta.

Se trataba de un terrestre de avanzada edad, aunque vestía al modo que los marcianos. Permaneció unos instantes en el centro del cuarto. Luego siguió avanzando, mientras los terrestres venían hacia él, rodeándole.

Roggers fue el primero que dirigió la palabra al anciano.

—Creo no equivocarme al creer que es usted el profesor Clayton.

Si el anciano se sorprendió por estas palabras, jamás lograron saberlo.

—En efecto, yo soy — su voz era ronca, como emocionada—. Permítanme que tome asiento; desgraciadamente no tengo la juventud que la mayoría de ustedes.

Curiosamente rodearon al anciano.

Roggers no podía contener su curiosidad y volvió a preguntar:

—Es usted, sin duda, alguno de los supervivientes de aquel cohete que se disparó a la Luna en 1965.

—Parece estar usted muy enterado, joven. ¿Puedo saber su nombre?

—Me llamo Ray Roggers, coronel de las U. S. A. F. y comandante en jefe del «United States», segundo cohete lanzado por la Gran Base del norte de Alaska.

Los ojos del anciano Clayton brillaron con extraordinaria vivacidad.

—De allí mismo — dijo — partió hace muchos años nuestro cohete al que jocosamente dimos el nombre de «Tío Sam».

—Denos detalles, por favor; aquel cohete es casi legendario en nuestro planeta — pidió Rogers —. Hay quienes sustentan la teoría de que llegó a la Luna, mientras otros aseguran todo lo contrario.

—No es ese el primordial motivo que me ha traído aquí, pero trataré de satisfacer su curiosidad, toda vez que el relato es corto. Obvio será que le diga que están acertados quienes aseguran que llegamos con bien a la superficie de la Luna.

»Apenas pusimos el pie en ella fuimos apresados, al igual que ustedes, por los marcianos. Todos nosotros íbamos armados y ofrecimos resistencia, pero ante la abrumadora superioridad en número y recursos hubimos de claudicar necesariamente.

»En casi todos sus puntos nuestra historia es similar a la de ustedes. Se nos condujo a Dandra, que no era aún lo que es hoy en día. Los marcianos acababan de instalar el «Pling» y nosotros fuimos los primeros seres humanos «transmitidos» por él. Es cierto que antes hablan realizado pruebas con objetos y después con animales,

obteniendo excelentes resultados en todas las experiencias. Pero faltaba comprobar si los seres humanos serían capaces de resistir la prueba. Por fortuna la experiencia tuvo un resultado feliz.

»Una vez en Marte e igualmente en Sandra, como ahora ustedes...

—Perdón — interrumpió Roggers — ¿Qué es Sandra?

—Esto es Sandra. La capital de Marte, o «Tar», cual es el verdadero nombre de este planeta. Los marcianos no se distribuyen sobre su superficie por naciones, como nosotros los terrestres. Todo su planeta es una sola nación, regida por el Sanga. Bien, continuando lo que les decía:

«...Apenas estuvimos en la capital de Marte fuimos juzgados por un Tribunal, que nos acusó como responsables de las muertes de los marcianos que nos apresaron en la Luna. Fue un juicio trágico que duró varios días, pues hace cincuenta años los marcianos conocían muy poco el inglés, que aprendieron pacientemente escuchando emisiones de radio y en arriesgados comandos interastrales, en los que llegaron hasta la Tierra en innumerables ocasiones. Cuando el Tribunal dictó sentencia, Marión Baker fue condenado a muerte. El resto hubimos de elegir entre colaborar con ellos, casi todos éramos científicos, o seguir el camino de Baker.

»El plazo para determinar nuestra elección expiraba unas horas después de la ejecución del jefe de nuestra expedición. Dos días más tarde, Marión Baker fue encerrado en un cohete y lanzado al infinito, en el que debía morir cuando...

—Ahórrenos detalles — pidió Roggers—. Creemos conocerlos sobradamente. ¿Qué sucedió después?

—¿Qué podía suceder? Es fácil adivinar que nos aterrorizó el fin de nuestro jefe y todos accedimos a colaborar. No se nos puede tachar de cobardes, porque cuando partimos de la Tierra ninguno sabía si conseguiríamos llegar a la Luna.

»Lo realmente de interés para ustedes es que comenzamos a trabajar con los marcianos. Cuatro años más tarde pudimos comprender que estábamos colaborando con los más terribles enemigos de nuestro planeta. Las intenciones del Gran Sanga fueron bien patentes. Pensaba lanzar a los marcianos contra la Tierra.

»Fácil es adivinar que nos negamos a seguir trabajando. Volvió a repetirse el juicio y dos hombres más fueron condenados a muerte, como escarmiento para el resto. Fue entonces cuando fuimos cobardes.

Sólo por el miedo a la muerte accedimos a cuanto nos pidieron los marcianos, cerrando los ojos a la realidad, que no era otra que la de que estábamos fraguando la destrucción de los habitantes de nuestro planeta.

»Pero siempre surge una ocasión para deshacer el mal hecho.

—¿Qué ha querido decir con sus palabras, profesor?— preguntó Roggers.

—Pretendo ser breve. Perdonen si les molesto con mi verborrea senil. Mañana será juzgado usted, un tal Kurkov y Angu.

Al llegar aquí se detuvo. Sus ojillos buscaron nerviosamente la menuda silueta del marciano. Cuando le descubrió entre los terrestres, el viejo profesor Clayton pareció cogido en falta.

—Aquí estoy, profesor.

El viejo no dijo ni una sola palabra. En su lugar dirigió una mirada de inteligencia a Roggers, que el muchacho comprendió en el acto.

—Puede hablar sin rodeos, profesor. Angu es ya uno más entre nosotros.

Cuando todos dirigieron sus miradas hacia el marciano pudieron ver la satisfacción que estas palabras de confianza producían al hombrecillo de colorados ojos y puntiagudas orejas.

—Tanto mejor — dijo Clayton—. Como decía, mañana se celebrará el juicio, y ustedes tres, por lo menos, serán condenados a muerte. Comprendo que lo que voy a proponerles es algo descabellado y tiene pocas probabilidades de resultar eficaz. Pero creo que no tienen ustedes opción, a menos que el resto de los hombres que componen su expedición permitan su sacrificio y se presten a colaborar con los marcianos. Desde luego, de esa colaboración quedan excluidos todos aquellos que no sean científicos, pero ni aún éstos están a salvo por completo. Los que no estén especializados en lo que a los marcianos pueda interesarles, seguirán el mismo camino.

Después de un insignificante silencio habló Jan Thiessen.

—Creo que todos estamos lo suficientemente compenetrados para correr la misma suerte, si esto es posible.

—Ya lo ha oído, profesor —dijo Roggers—. ¿Qué es lo que nos propone?

—Estoy dispuesto a facilitarles la huida bajo la promesa de que ustedes harán lo posible para destruir la ciudad de Dandra en la Luna. Con ello no lograrán alejar definitivamente el peligro que acecha a la Tierra, pero cuando menos lograrán retrasarlo el tiempo suficiente para prevenir a nuestro mundo del peligro que se cierne sobre él.

—Esa promesa puede considerarla hecha de antemano. Si conseguimos llegar a nuestra esfera en la Luna, Dandra estará sentenciada —dijo Dave Sterling, técnico en proyectiles dirigidos.

—El plan es el siguiente. Ignoro el modo de que ustedes puedan escapar de aquí, pero procuraremos arreglarlo. Lo necesario es que ustedes lleguen hasta el «Pling». Yo mismo les trasladaré a la Luna y una vez allí ya es tarea que incumbe a ustedes el destruir Dandra y sus enormes depósitos de material bélico.

—¿Qué será de usted, profesor? — preguntó Angu con los ojos muy abiertos.

—Yo tal vez emprenda el viaje hacia la muerte que mi cobardía hizo retrasar unos años. Soy ya un sarmiento viejo y mi vida no significa nada si aún puedo cambiarla por las de los que durante tantos años he puesto en peligro al prestarme a colaborar en los torpes manejos del Sanga.

—No podemos consentir su sacrificio — protestó Roggers —. Debe haber otra solución que le permita regresar con nosotros a la Tierra.

—No la hay. Pero de todos modos le agradezco su interés. Si yo hubiera sabido comportarme como un hombre hace algunos años, ahora no existiría. Con que muera ahora nada se pierde, pues prácticamente no he hecho más que retrasar el momento. Ahora debo irme. Tengan bien presente que el día siguiente al del juicio estaré en el «Pling» hasta que ustedes acudan… si pueden.

Dicho esto se puso en pie y se dirigió a la salida. Roggers le acompañaba.

—¿De qué parte de la Unión es usted, muchacho? — preguntó el anciano.

—De Kentucky — respondió el joven.

—Bonito Estado. Yo soy de Alabama — su voz era débil al pronunciar el nombre querido.

Un brillo acuoso enturbió la vivida luz de sus pupilas grises.

* * *

Los terrestres quedaron visiblemente emocionados cuando penetraron en el local de grandiosas dimensiones en el que se iba a celebrar el juicio.

Lo que pudiéramos llamar Sala de Audiencia era completamente circular, quedando los acusados en el centro del círculo, mientras el Gran Sanga, compuesto por más de quinientos miembros, ocupaba los estrados en torno a los reos.

Los estrados más altos estaban ocupados por los «san» — nombre que recibían los componentes del Sanga — de menos categoría, mientras que las más relevantes personalidades utilizaban los más próximos a los terrestres.

Kraar oficiaba de juez inapelable. Así lo hizo saber Angu, que fue facilitando a los terrestres todos estos preliminares.

Un marciano oficiara de intérprete entre el Sanga y los acusados.

Un silencio ominoso se hizo en la sala cuando Kraar alzó su mano por sobre su cabeza.

—Vamos a celebrar un juicio en el que los terrestres, en la persona de su jefe, respondan de la muerte de los tres hombres de Tar. —Hubo una pausa. —Considerando que los terrestres fueron los primeros en agredir, el Gran Sanga acusa al terrestre Roggers de asesino de los hombres de nuestro planeta. El acusado y quien usurpó su mando deben ponerse en pie y responder de este delito. Digan cuanto crean que ha de servirles de descargo.

Hubo zumbido de palabras cuchicheadas cuando el coronel Roggers y Kurkov pusiéronse en pie. El norteamericano ofrecía una magnifica estampa con su aventajada estatura embutida en el traje espacial y su arrogante cabeza descubierta y como desafiando el peligro.

—Quiero saber ante todo —dijo con fuerte y serena voz — si este Tribunal someterá a discusión el veredicto, o lo tiene decidido ya de antemano.

Un revuelo de frases de asombro recorrió los estrados cuando el intérprete acabó de traducir las palabras del terrestre.

Kraar volvió a alzar su mano y de nuevo se hizo el silencio.

—La osadía del acusado no se muestra acorde con lo grave de su situación. Desde luego este Tribunal será inexorable con los asesinos de los hombres de Tar. Quiere esto decir que está más inclinado a castigar que a conceder clemencia. Trate de defenderse de la acusación.

Roggers comprendía perfectamente la maniobra del Sanga; de todos modos sabía sobradamente cuál sería el veredicto final y decidió desahogarse.

—Considero que la imparcialidad de este Tribunal no está dentro de los cauces de ninguna moral, porque en las circunstancias en que se produjeron esas muertes a nadie se puede culpar de ellas. Si tres han sido los marcianos muertos, otros tantos han sido los terrestres. Sólo el pánico y la sorpresa son responsables. Y aún para el criterio más exigente, si alguien cometió algún delito, insisto en que no lo hubo, ellos fueron los que atacaron a los hombres de Marte y ya pagaron con la vida su falta de ánimo.

»Supongo que estas razones serán suficientes para que un tribunal justo y ecuánime dicte la sentencia Justa.

Con estas palabras dio por terminada su autodefensa. La sala guardó silencio cuando Roggers volvió a sentarse.

La voz de Kraar se dejó oír de nuevo.

—Puede hablar ahora el terrestre Kurkov.

El ruso lanzó su mirada de desafío que abarcó a todo el Sanga.

Luego miró a Roggers y susurró:

—Por primera vez estamos de acuerdo usted y yo, — Y dirigiéndose a los marcianos, dijo en voz alta: —Si es cierto que les anima la buena fe, no será preciso que yo añada nada más. Cuanto se podía decir lo ha dicho ya el coronel Roggers.

Nuevamente hubo murmullos, e igualmente Kraar volvió a imponer su autoridad.

Volvió a hablar de nuevo, sin que esta vez interviniera el intérprete.

Angu se puso en pie. Sus ojos tenían una extraña fosforescencia cuando comenzó a hablar en su idioma.

Debido a la facilidad de expresarse en el mismo idioma, las preguntas y respuestas se sucedían con rapidez. El rostro y actitud del pequeño marciano podía denotar cualquier cosa menos miedo.

Dave Sterling llamó la atención de Roggers, diciéndole en voz baja:

—Daría cualquier cosa por saber lo que están diciendo. Pero de lo que puedo colegir por la expresión del rostro de Angu, supongo que el muchacho no se está mordiendo la lengua.

—Hemos conseguido destruir su mentalidad fanática y ahora está reaccionando contra los que incubaron en su pecho el odio hacia quienes no fueran marcianos. Creo que ha llegado a comprender que no se puede sojuzgar a nadie para servir al egoísmo ajeno.

Poco después Angu volvía a sentarse junto a ellos.

—El Gran Sanga está agitado. Jamás los acusados han hablado en el tono que lo hemos hecho nosotros. Ahora el veredicto será doblemente desfavorable. Kraar parece echar lumbre por los ojos.

Los terrestres y Angu fueron obligados a salir un momento de la Sala, mientras el Sanga deliberaba. No hubo mucha discusión, porque casi inmediatamente fueron reclamados de nuevo.

Apenas entraron Kraar dio el veredicto: ¡última pena!

A pesar de saber de antemano cuál iba a ser su destino, ninguno de los tres hombres pudieron evitar que les conmoviese un escalofrío. Serian ejecutados dos días más tarde.

Los terrestres fueron devueltos al local en que habían sido alojados.

Desde el primer momento, Roggers se dedicó a estudiar la estructura del edificio por si se producía la coyuntura favorable que les permitiese escapar.

Apenas estuvieron otra vez encerrados en su espaciosa celda se reunieron en círculo para deliberar.

Roggers se dirigió al marciano.

—Ayer dijiste que creías tener un poderoso resorte que pulsar. ¿A qué te referías?

—Nuestro destino está pendiente de que venga a verme una mujer

—repuso el marciano.

—¿Quién es esa mujer?

—Amba, mi prometida.

—Bien, ¿Qué tiene que ver ella con nosotros?

—Amba es hija de uno de los principales consejeros del Gran Sanga. Si ella está dispuesta a sumarse a nosotros, podrá facilitarnos la huida. El poder de su padre le permitirá llegar hasta aquí.

—¿Qué sucederá si se niega a secundarnos?—preguntó Dave Sterling.

—Exactamente lo mismo que si mañana no conseguimos salir de aquí — respondió Angu imperturbable.

Los terrestres no parecieron muy convencidos, pero no tuvieron más remedio que esperar mientras discurrían un plan.

Dos horas más tarde pudieron conocer a Amba. Era una menudilla figura de agradables rasgos, rubios cabellos y puntiagudas orejas. A pesar de lo reducido de su talla, todas las líneas de su cuerpo eran sumamente armoniosas.

Sollozando con fuerza se arrojó en los brazos de Angu. Aun para les hombres que no conocían su lengua ni sus costumbres era claro que Amba adoraba a su hombre marciano.

Más de media hora estuvieron hablando en su idioma sin que los terrestres pudieran saber si ella se inclinaba hacia un bando u otro, toda vez que la expresión de la muchacha marciana no expresaba ninguna emoción.

Poco después pareció despedirse de Angu y salió de la estancia.

Roggers y los otros terrestres se volcaron materialmente sobre el hombrecillo.

—¿Qué ha respondido? ¿Está dispuesta a ayudarnos?— preguntó el coronel.

El rostro de su interlocutor se iluminó con una gran sonrisa.

—Nos ayudará — dijo—. Es conveniente que descansemos, porque mañana será un día movido.

Barton miró a Angu entre admirado e irritado.

—Este Angu parece no tener nervios. Cualquiera diría que tanto le da que le arrojen al espacio en uno de esos ataúdes como que no. No se ha inmutado — dijo a Roggers.

En aquel momento Angu llamó la atención de Barton.

—¿Podrías darme un cigarrillo?

—Me parece que Angu no es tan frío como parece — rio Ray Roggers.

Capítulo IX

BURLANDO AL GRAN SANGA

CON el nuevo día creció la tensión entre los prisioneros. Las cabezas directoras del grupo estaban reunidas, mientras el resto de los terrestres se hallaba reunido en otro grupo más numeroso en espera de órdenes.

—¿Para cuándo anunció Amba que vendría? — preguntó Roggers.

—Dijo que en las primeras horas del día de hoy — respondió Angu —. De todos modos es muy posible que no le sea fácil venir tan pronto. Hay que tener en cuenta que ha de reunir armas y evitar que nadie sospeche de ella. Por otra parte, es preferible aguardar un rato para evitar que nuestra fuga sea prematura y nos encontremos con la desagradable sorpresa de llegar al «Pling» antes que el profesor Clayton.

—Esta tensión nerviosa es difícil de calmar — objetó Horst Saurer.

—No obstante, es preciso esperar—replicó Angu—. Para distraer la imaginación, mientras tanto, les adiestraré teóricamente en el manejo de las armas que Amba nos proporcionará.

Durante mucho tiempo, Angu continuó facilitando preciosos detalles a sus compañeros de infortunio, hasta tal punto que casi todos ellos se sentían capaces de manejar eficazmente las terribles esferillas desintegradoras de los marcianos, e incluso asimilaron en teoría el manejo de las esferas intersiderales para el caso de que pudieran apoderarse en Dandra de una de ellas y regresar a la Tierra.

Cuando la puerta de la estancia se abrió, todas las miradas

convergieron sobre ella. Había ansiedad en todos los rostros.

Desgraciadamente no se trataba de quien ellos esperaban con tanto anhelo. Varios marcianos penetraron en la gran celda para dejar sobre unas mesas la comida de los reclusos.

Hubo desánimo cuando la puerta volvió a cerrarse. Casi todos miraban a Angu como en espera de una aclaración.

—¿No se habrá arrepentido a última hora? — preguntó Roggers.

—No. No puede haber sucedido así; tengo verdadera fe en ella — respondió el marciano, moviendo vigorosamente su cabeza. Por primera vez, desde que le conocieran, se mostraba nervioso y desazonado—. Necesito fumar uno de vuestros cigarrillos — ¿Tienes, Roggers?

Barton se apresuró a ofrecerle uno de los suyos. Angu chupó con ansia, saturándose de humo. Con verdadera fruición arrojó hacia el techo una larga columna de humo, como había visto hacerlo al propio Barton.

En aquel dichoso momento acaeció lo que tanto temieron que no sucediera jamás. La puerta de la estancia se abrió para dar paso a la gentil y menuda figurilla de Amba. Angu corrió emocionado hacia ella, que retrocedió aterrada cuando le vio lanzar el humo del cigarrillo por la boca. El marciano trato de tranquilizarla y para ello arrojó lejos de si lo que tanto pavor inspiraba a la muchacha.

Hubo un corto diálogo entre ellos, que nadie pudo comprender, y luego entregó a Angu varias esferas desintegradoras.

—Todo está listo, terrestres. La pobre Amba os teme y me pregunta si consentiréis en que me acompañe hacia la Tierra — dijo riendo Angu.

Las risas contagiaron a los demás.

—Dile que no hay razón alguna para que nos tema, como no la tiene nadie para creerlo así. Dile también que agradecemos profundamente lo que hace por nosotros.

Thelma se separó del grupo de los terrestres y avanzó hacia la marciana. Angu le dijo algunas palabras en su idioma, seguramente para que comprendiera que se trataba de una mujer. Thelma tendió sus manos a Amba y la muchacha marciana, venciendo el pavor, las tomó entre las suyas. Las pupilas de la mujer terrestre parecieron sonreír a su nueva amiga de Marte. Y los lindos ojos de Thelma Saurer

eran capaces de expresarse muy bien y convencer a cualquiera.

Amba sonrió con timidez, para hacerlo francamente a los pocos segundos. Thelma había ganado otra batalla.

Roggers creyó llegado el momento de romper el encanto sentimental.

—Vamos a ponernos en acción. Es necesaria mucha rapidez si queremos escapar con vida de Marte.

Angu pareció cobrar vitalidad. Repartió las cuatro esterillas que Amba le había dado entre el coronel Roggers, Barton y Dave Sterling.

—Amba me ha dicho que el profesor Clayton ya nos está esperando en el «Pling». Amba se puso en contacto con él ayer mismo. Ahora ella saldrá normalmente, pero atacará al centinela antes de que puede cerrar la puerta. Una vez fuera, todo se reduce a llegar al «Pling».

—¡Un momento, Angu!— dijo Roggers excitado—. Se me ha ocurrido una idea que puede ser aplicada satisfactoriamente. Sugiero que se adelante Amba por el «Pling» hasta Dandra y trate de apoderarse de una astronave. A ella le seria más fácil engañar a los marcianos, y la sorpresa siempre es un factor decisivo.

—Consultaré con Amba para preguntarle si se siente capaz de hacerlo.

La respuesta de ella fue rápida y concisa. Angu miró a Roggers. En sus ojos rojizos habla una lucecilla de legítimo orgullo.

—Amba dice que no tiene miedo y que cree poder conseguirlo.

—En ese caso, debemos poner en juego nuestro plan de evasión — dijo Roggers— Luego, dirigiéndose a Kurkov, añadió: —¿Cuál es su postura? Supongo que se decidirá a venir con nosotros.

—Desde luego; no voy a esperar impasible la visita del verdugo. Estoy dispuesto a entrar en acción.

—No hay tiempo que perder. Usted deberá encargarse de sus propios hombres, dada la dificultad del idioma. Entéreles de lo que vamos a intentar y diríjalos en todo momento. Sea breve.

El ruso reunió a sus hombres. Entretanto, los que no iban a intervenir directamente, simularon conversar normalmente. Roggers, Angu, Barton y Sterling acompañaron a la marciana hasta la puerta.

Cerca de ella, los cuatro hombres se aplastaron materialmente contra la pared, para que desde el exterior no pudieran verles.

Cuando la puerta de la prisión se abrió, los corazones de los prisioneros parecieren dejar de latir por unos segundos. Justos los que tardaron en ver entrar al centinela con las manos sobre la cabeza, obligado por Amba que le amenazaba con una esferilla.

Los cuatro hombres armados surgieron al pasillo dispuestos para la lucha. Pero el pasillo estaba desierto.

Amba recibió la orden de partir hacia el «Pling» y cumplir la misión que le había sido encomendada. Tras despojar al centinela de su esfera, le ataron y amordazaron concienzudamente.

Los que no tenían armas aguardaron junto a la puerta de la celda, mientras los otros iban a explorar el resto de la prisión.

Al poco rato, regresó Dave Sterling para avisarles de que el camino estaba expedito. Atravesaron varios corredores y al fin llegaron a la puerta principal. En aquel momento aparecieron varios marcianos que quedaron sorprendidos ante tal tropel de gente. Al comprender que se trataba de los prisioneros terrestres alzaron sus terribles esferas.

Uno de los mecánicos de Barton fue alcanzado por un rayo desintegrador y se esfumó en el aire después de lanzar un desgarrador alarido.

Dave Sterling y Barton respondieron a los disparos de los marcianos, obligándoles a resguardarse en el interior de la prisión.

Mientras tanto, Angu habla puesto en marcha un gran «raps» y Roggers hacia que sus hombres entraran en él ordenadamente, aprovechando todo el espacio posible.

Cuando nadie quedó en el suelo, Angu hizo deslizarse veloz al «raps», perdiéndose en dirección a lo que él explicó como especie de aeropuerto de las naves siderales.

Pretendía con ello engañar a los marcianos para que creyeran que intentaban apoderarse de una espacionave. Poco después torcía la dirección para llegar cuanto antes al «Pling».

Yendo en cabeza Roggers y el resto de los que empuñaban armas, penetró el numeroso grupo en el edificio.

Quedaron agradablemente sorprendidos al advertir que los

corredores estaban vacíos y nadie les presentaba oposición. De vez en cuando advertían en el suelo objetos metálicos y restos de lo que debieron ser marcianos a los que Amba o Clayton debían haber desintegrado.

Con la escasa rapidez que las pesadas ropas espaciales les permitían, irrumpieron en la gran sala del «Pling». Clayton esperaba junto al gran aparato «emisor». Desde lejos les gritó:

—¡Apresúrense a untarse con el aceite especial y vayan entrando en la cámara a medida que acaben! No hay tiempo que perder.

Pese a la brevedad con que lo hicieron, a todos pareció que la maniobra duraba siglos y que jamás terminarían.

Clayton daba las últimas órdenes a Roggers.

—Amba está ya en Dandra. Igualmente he devuelto a la Luna a uno de sus hombres que enviaban desde el hospital. Ellos les facilitarán la llegada suprimiendo estorbos. Apenas estén ustedes en Dandra, apresúrense a destruir aquella estación del «Pling». Ganarán tiempo con ello y sólo tendrán que luchar con la guarnición de allí, que es escasa, dado que la mayoría de los marcianos que allí hay son técnicos y científicos.

La puerta de acceso al «Pling» comenzó a ser golpeada violentamente. Los marcianos habían descubierto ya la treta de los fugitivos.

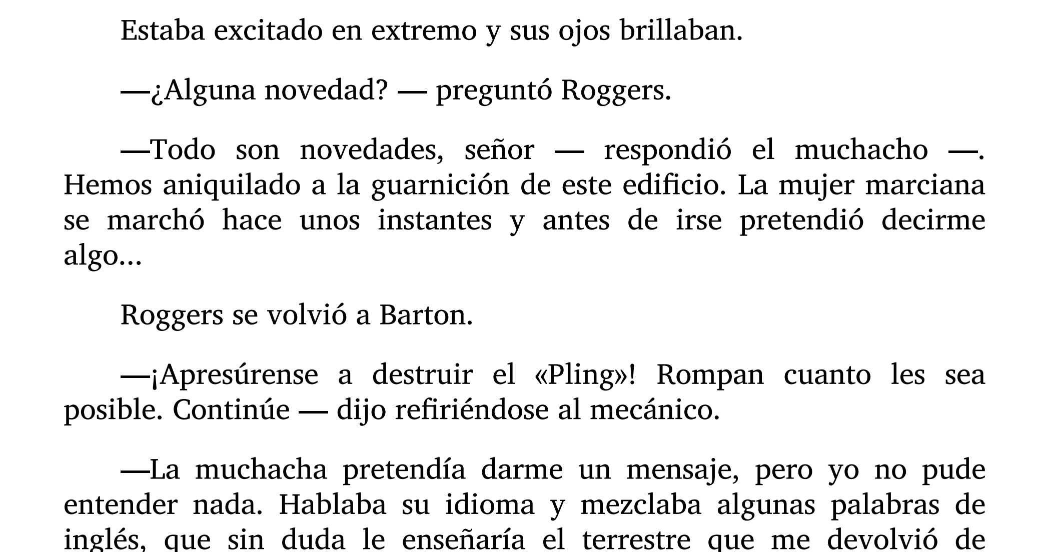
Clayton empujó a Roggers con fuerza al interior de la cámara desintegradora y cerró tras él.

Quedaron aislados del mundo exterior. La angustia atenazó las gargantas. Si los marcianos conseguían reducir a Clayton antes de darle ocasión para que los «transmitiese» a Dandra, todo habría resultado estéril.

La cámara se sumió en sombras y vibró el zumbador.

* * *

Alguien abrió la puerta de la cámara del «Pling» en Dandra. Roggers se aprestó a hacer funcionar su esferilla. Pero no fue necesario. Se trataba del mecánico del brazo fracturado.



Estaba excitado en extremo y sus ojos brillaban.

—¿Alguna novedad? — preguntó Roggers.

—Todo son novedades, señor — respondió el muchacho —. Hemos aniquilado a la guarnición de este edificio. La mujer marciana se marchó hace unos instantes y antes de irse pretendió decirme algo…

Roggers se volvió a Barton.

—¡Apresúrense a destruir el «Pling»! Rompan cuanto les sea posible. Continúe — dijo refiriéndose al mecánico.

—La muchacha pretendía darme un mensaje, pero yo no pude entender nada. Hablaba su idioma y mezclaba algunas palabras de inglés, que sin duda le enseñaría el terrestre que me devolvió de nuevo a la Luna.

—¿No es capaz de recordar nada de lo que le dijo la mujer? — apremió el coronel.

—No sé… Repitió mucho la palabra «vaya», pero sus palabras me resultaban incoherentes y ella parecía tener mucha prisa en irse.

Fue Angu quien intervino ahora.

—Quizá si usted repitiese las palabras que ella dijo, o al menos imitara los sonidos, podría yo saber qué quiso decir.

El muchacho miró de un modo raro al marciano. Pero Barton se apresuró a decir:

—No se trata de ninguna broma, Mathew. Tal vez la vida de todos depende de que usted pueda recordar.

El mecánico pareció concentrarse en si mismo.

—Bien. Lo intentaré. Primeramente eso lo recuerdo muy bien, repitió la palabra «ipien», por cierto que abría mucho los ojos al ver que yo no le entendía y se llevaba dos dedos de la mano izquierda a la boca y luego soplaba fuertemente. A mi me dio la impresión de que me pedía un cigarrillo. Claro que esto es absurdo…

—No tanto como usted cree — repaso Angu, excitado—. Continúe.

—Luego dijo «Anga», o «Angu»…

—Lo he comprendido ya — cortó el marciano—. Siga con las otras palabras.

—Bueno yo no lo veo tan claro como usted — dijo el mecánico, que empezaba a creer que todos se habían vuelto locos.

—No nos interesan sus opiniones, Mathew protestó Barton—. Limítese a contestar, porque de lo que menos sobrados vamos es de tiempo.

—Está bien. Después de estas dos palabras repitió miles de veces la palabra «vayan», y cuando yo creía que no acabaría jamás, añadió otras tantas la palabra «ipao».

—He comprendido el mensaje de Amba — dijo Angu a Rogers con el rostro radiante—. Abandonemos el «Pling». Hemos de llegar a la superficie de la Luna.

Esta vez salieron del «Pling» por grupos para no llamar tanto la atención. A medida que salían en grupos de a tres iban introduciéndose en un «raps».

En él llegaron hasta las plataformas ascensoras, porque de ningún modo podían recurrir al tren monocarril.

Tampoco era fácil encaramarse a las plataformas sin ser descubiertos. Se hacia necesario eliminar a los cuatro hombres que se ocupaban de ellas en el subsuelo y a los que pudiera haber en la parte superior. Por si esto no fuera suficientemente arriesgado, había que evitar las llegadas del monocarril, que, aunque no eran regulares ni estaban regidas por ningún horario, podían efectuarse mientras se desarrollaba la lucha en las plataformas.

Roggers escuchó todas estas razones de labios de Angu.

—Tus palabras están llenas de verdad, pero si en algún momento hay que acometer la empresa de apoderarnos de los ascensores y todos ellos encierran el mismo peligro, ¿qué nos impide elegir este mismo? El tiempo es precioso. ¿Estás seguro de haber interpretado fielmente el mensaje de Amba?

—Estoy seguro. Ipao no es otra cosa que la cámara estanco que usan nuestras esferas para entrar o salir de Sandra. Para llegar hasta allí es necesario recorrer casi toda la plataforma. Más de dos kilómetros.

—Eso no puede importarnos ahora. Vamos a asaltar las plataformas. Voy a trazar un plan para acabar con esos cuatro

marcianos que nos impiden el acceso a los ascensores.

»Barton, Dave, tú y yo nos adelantaremos hasta ellos para tratar de reducirlos sin necesidad de emplear las armas. El restallido seco de las esferas desintegradoras podría alarmar a los de arriba. ¿Estamos preparados?

—Cuando quieras.

Silenciosamente, las cuatro siluetas avanzaron hacia las plataformas protegiéndose tras las columnas, que abundaban. Angu se situó tras el marciano que estaba más alejado de los otros. En un momento dado su brazo derecho, se cerró como un fuerte dogal alrededor del cuello del desprevenido hombrecillo. De un fuerte tirón lo arrastró hacia la columna y con un enérgico vaivén hizo golpear la cabeza del marciano contra ella…

Dave Sterling estuvo afortunado, porque uno de los marcianos vino andando en su dirección y apenas pasó por su lado recibió el fuerte golpe que el terrestre le propinó con la esfera.

Esto, sin embargo, llamó la atención de los otros. Después de cambiar unas palabras entre ellos decidieron investigar lo sucedido. Roggers y Barton cayeron sobre ellos como fieras. La minúscula complexión de los marcianos era sumamente engañosa. Con una hábil maniobra se soltaron de sus aprehensores. Eran magníficos luchadores, pero desconocían la técnica del boxeo. Roggers alcanzó a su antagonista con un terrible gancho que el marciano encajó a duras penas, pero que le privó de ver el demoledor directo que el terrestre le propinó casi inmediatamente.

Barton, por su parte, había acorralado a su enemigo contra una columna y dirigía cortos y rápidos golpes al rostro del marciano. Uno de ellos, más fuerte, hizo chocar con violencia la cabeza del otro contra la dura columna, con lo que la pelea acabó allí mismo.

Dave Sterling se asomó para llamar al resto de los terrestres.

Mientras la mitad de ellos ascendía en una plataforma, el resto pudo acomodarse en otra de mayor tamaño destinada a vehículos.

Con suma cautela se asomaron a la superficie. Apareció totalmente desierta. No lejos de allí había varios «raps», pero para llegar hasta ellos era necesario recorrer un espacio de terreno totalmente descubierto y sin protección de ninguna clase.

Angu fue el primero en salir y correr hacia los vehículos. Tras él

fueron el resto. Ya había algunos dentro del «raps» cuando junto a los ascensores aparecieron cinco marcianos armados. Sin previo aviso, sus esferillas comenzaron a lanzar los terribles rayos desintegradores.

Tres terrestres se desintegraron antes de que sus compañeros pudieran darse cuenta de que eran agredidos. Los característicos restallidos de los rayos desintegradores delató a los marcianos.

Angu, experto en el manejo de las armas, comenzó a disparar rayo tras rayo. Dos marcianos parecieron volatizarse. Roggers y sus compañeros armados imitaron el ejemplo del marciano amigo.

Ante sus espantados ojos desapareció el cuerpo del profesor Henry Grant. Los tres marcianos restantes acabaron fulminados por las armas de los terrestres.

—¡Todos al «raps»— gritó Roggers.

Segundos después, el vehículo volaba en dirección al Ipao.

No más de un minuto invirtieron en llegar a la exclusa de las espaciosas naves. Pero por indicación de Angu descendieron del «raps» antes de llegar a él. Una guardia de seis marcianos salió a su encuentro.

El «raps» ofreció alguna garantía a los terrestres, pero ello no fue obstáculo para que un ruso y el mecánico del brazo fracturado fuesen alcanzados por los rayos de los marcianos. No obstante, la superioridad numérica de los terrestres, la situación comenzó a ser angustiosa, cuando inexplicablemente alguien desintegró a los soldados marcianos desde el interior.

La graciosa silueta de Amba les hizo señas de que se apresuraran.

Los terrestres obedecieron prestamente, siendo Kurkov y Roggers los últimos en introducirse en la espacionave. Aquél ayudaba a uno de sus hombres, que cojeaba sensiblemente. De la partida de rusos sólo quedaban con vida el propio Kurkov, el herido a quien ayudaba y dos más.

Agu dirigió la operación de despegue ayudado por los científicos terrestres, a los que ya había aleccionado de antemano en la prisión. Era maravillosa su vitalidad, multiplicándose para atender a todos los detalles. Afortunadamente, el manejo de la esfera era sumamente sencillo, si se tiene en cuenta lo complicado de los mecanismos del «United States».

Automáticamente se abrió una gran escotilla en la cubierta

transparente cuando la nave sideral «hirió» una célula fotoeléctrica de invisible emplazamiento.

Con suave balanceo abandonó Dandra, alejándose poco después con la rapidez que le proporcionaba el empuje de dos minúsculos, pero potentes reactores.

Capítulo X

¡MARCIANOS SOBRE EL PENTAGONO!

ES maravilloso lo sumamente fácil que resulta el manejo de estas naves siderales — comentó Horst Saurer.

—Realmente, puede serlo para usted, pero para mi es inexplicable — dijo Barton. Apenas si tienen maquinaria de ninguna especie, a no ser aparatos de cálculo astronómicos.

Horst Saurer no perdió la ocasión de impresionar a sus oyentes, que por otra parte eran corroídos por la curiosidad.

Según las explicaciones de Angu y traducido a un lenguaje asequible a todos, el funcionamiento de estas esferas se basa en lo siguiente:

»Las ya citadas esferas están construidas casi en su totalidad por un cuerpo desconocido por nosotros y que Angu denomina «Prian».

»En realidad se trata, creo no equivocarme, del isótopo número tres del elemento 95 del sistema periódico, que nosotros los terrestres aún no conocemos. Este metal podemos llamarle «platinodio» por su analogía con el platino, tiene la propiedad de ser repelido por cierta materia muy abundante en el Sol y que, hablando científicamente, no es otra cosa que el níquel siete veces excitado. Esta propiedad de ciertos elementos era ya conocida en la Tierra y por esta causa era muy difícil de encontrar por hallarse alejados hacia el centro de nuestro planeta.

»Ahora bien, lo realmente portentoso es que este «platinodio» por si solo no serla capaz de alzar el vuelo hacia el Sol. Pero en presencia de una onda electromagnética de frecuencia 10'22 Hertzs (rayos «gamma» ultraduros) se siente fuertemente atraído por, digamos, el Sol. Con una frecuencia 10'20 (rayos «gamma») el «platinodio» se muestra indiferente. Por último, con una frecuencia de 10'18 (rayos

duros) se siente repelido por el Sol.

»Todo este galimatías se resume en lo siguiente, para ser más comprensible a todos. En el momento del despegue, la esfera de «platinodio» es «tratada» por una corriente electromagnética de rayos «gamma» ultraduros y se siente atraída hacia el Sol, con lo que se eleva hasta llegar al vacío intersideral, naturalmente me refiero a un viaje de planeta a planeta. Ya en el vacío, se neutraliza la influencia solar mediante los rayos «gamma» y se frena la inercia con los reactores. Por este mismo sistema se impulsa la nave hacia el objetivo deseado hasta que es atraída por la fuerza de atracción. La velocidad aumenta entonces progresivamente a medida que se aproxima a la superficie del nuevo planeta. Entra en funciones otra vez la onda magnética de rayos «gamma» ultraduros y la esfera se siente nuevamente atraída hacia el Sol. Graduando convenientemente la intensidad, se logra que el descenso sea suave y sin peligro alguno para los ocupantes de la astronave.

»Un poco complicado de explicar, pero sencillísimo desde el punto de vista científico.

La voz de Angu distrajo la atención del auditorio.

—Ven un momento, Roggers.

El joven coronel acudió a la llamada de su nuevo amigo.

—¿Qué sucede? — preguntó.

—El detector anuncia que seis esferas han despegado de Dandra. No tenemos más remedio que hacerles frente.

—Adelante, pues. ¿Crees que existen posibilidades de que salgamos victoriosos en el combate?

—No puedo pecar de inmodestia al decir que soy el mejor piloto destacado en Dandra. No en balde ostentaba la jefatura de las esferas de combate. Son muchos, pero sentirán tenerme frente a ellos. Pero antes es necesario destruir Dandra para evitar que acudan nuevos refuerzos. Allá en Sandra os oí decir que si llegabais a la espacionave podríais destruirla.

—Es cierto. Si no destruirla, por lo menos inutilizarla por mucho tiempo. Pero para ellos es necesario llegar hasta los restos del cohete «United States».

—En estos momentos estamos descendiendo sobre ellos. Dejaremos sobre la superficie a los hombres necesarios y nos

remontaremos de nuevo a presentar batalla a las seis esferas de Dandra.

Rápidamente se preparó Dave Sterling y los tres hombres que habrían de ayudarle a disparar los cohetes atómicos dirigidos. Para salir al exterior se acondicionaron cuatro escafandras marcianas.

Con cierta brusquedad la esfera de los terrestres se posó sobre la superficie y abandonó a Dave y sus hombres. Casi inmediatamente volvió a elevarse con su característico balanceo.

Los cuatro terrestres alcanzaron los restos del «United State» con tres enormes saltos. Con rapidez estudiada llegaron hasta la cámara de los proyectiles.

Mientras los otros procedían a dejar listos los torpedos atómicos, Dave Sterling hizo las confrontaciones necesarias para localizar la posición exacta de Dandra. La operación era complicada, pero el cerebro electrónico resolvió las mayores dificultades. Quince minutos más tarde estaba preparado el primer proyectil atómico. Para entonces, Angu ya estaba luchando contra las esferas marcianas.

—¡Disparen el 1 y 2! — ordenó Sterling.

El rebufo rápido y seco de los proyectiles al salir fue perfectamente perceptible en el «United States».

Sterling manipulaba sobre una pantalla de televisión cuyo tomavistas estaba emplazado en uno de los proyectiles. Éstos eran gemelos y al que televisaba se le daba el nombre de «visor», mientras el otro recibía el nombre de «ciego».

Súbitamente apareció en la pantalla la cubierta de Dandra. Dave Sterling accionó una palanca y los dos proyectiles «picaron» hacia la cubierta transparente. A medida que descendían los cohetes, era fácil ver lo que sucedía en el objetivo elegido. La visión sólo duró unos segundos y la pantalla se obscureció. Los proyectiles atómicos habían estallado.

En el cuadro de mandos se determinó el emplazamiento exacto en que había caído. Con aquellas medidas, transmitidas a los artilleros, Sterling rugió:

—Disparen 3 y 4,5 y 6,7 y 8,9 y 10...

Se vieron fuertemente sacudidos por los continuos rebufos de los proyectiles.

La pantalla televisora volvió a iluminarse con la proximidad de los cohetes a su objetivo. El característico «hongo atómico» se alzaba sobre Dandra. Casi inmediatamente después la pantalla volvía a apagarse.

—Dandra tardará mucho en ser lo que era. De momento hemos detenido el peligro de invasión — dijo Sterlin a sus hombres—. ¿Qué habrá sido de nuestros amigos?

* * *

Angu daba órdenes a todos, preparándose para el combate.

—Será necesario — dijo, dirigiéndose a Roggers — que tú te coloques a mi lado para disparar los cañones desintegradores. Bastara con que oprimas esos botones cuando yo te lo ordene. Los blancos son los de babor y los azules los de estribor. Estas astronaves sólo tienen armas de tiro frontal.

El marciano oprimió un resorte y se descorrió el panel fronterizo para aparecer, tras él, una amplia escotilla por la que podía divisar claramente al enemigo, que avanzaba en formación de combate.

Roggers estudió el rostro de Angu. Pudo descubrir en él una decisión y una férrea voluntad de vencer. De pronto la esfera pareció dar un salto y ascendió vertiginosamente.

—¡Atención, Roggers! Cartones de estribor listos para disparar cuando yo diga...— masculló el marciano.

Roggers esperaba tenso.

—...¡Ahora!

El terrestre obedeció como un autómata y una llamarada surgió de estribor.

Una de las esferas estalló, produciendo una luz vivísima.

—¡Hurta!—gritó Ray Roggers—. ¡Pronto acabaremos con ellos! No exageraste al decir que eras el mejor piloto de Dandra.

—Todavía es pronto para cantar victoria. Hemos destruido esa esfera, porque ellos no podían esperar jamás que yo realizase esta maniobra. Ningún piloto marciano se atreve a hacerla, porque se

considera como suicida. ¡Atención a los cañones de babor!... ¡Fuego!

Una nueva esfera quedó fuera de combate. Roggers atisbó el espacio a través de la escotilla sin poder localizar a ningún enemigo.

Angu hizo virar a la esfera. Frente a ellos aparecieron las cuatro esferas restantes. Dos de ellas navegaban casi emparejadas, mientras que las otras venían en diferente dirección.

—Están desconcertados — dijo Angu—. Sin duda les aterra enfrentarse a mí. La maniobra que ahora intentan es muy eficaz, pero yo responderé con otra que no les dejará tiempo para comprender su error. Esas dos esferas que vienen hacia nosotros no son el verdadero peligro, sino las que van emparejadas. Un piloto bisoño caería en la trampa, pero no yo. Es decir, les haré ver que voy a caer en el ardid, pero en realidad conseguiremos derribar a tres de ellas casi simultáneamente. Prepara los cañones de estribor para cuando yo te lo ordene.

Pareció que las cinco esferas acudían veloces hacia un mismo punto, cuando la que manejaba Angu ascendió verticalmente.

—¡Ahora, Roggers!—La oscura noche lunar pareció iluminarse por la profusión de rayos que surgieron de todas las esferas. Cuando la de Angu viró en redondo, sólo una de las esferas podía verse.

—¿Qué ha sido de las otras? — preguntó el coronel.

—Las dos que venían en direcciones opuestas han chocado la una contra la otra. De las que volaban juntas, una la has derribado tú.

—Todo el mérito es tuyo, Angu. No he hecho más que obedecer como un autómata tus indicaciones.

—Y ahora vamos a por la última. Pero antes quiero jugar un poco con ella. Supongo que su comandante no tendrá el mismo valor que cuando eran seis.

—Eso es una crueldad, Angu — replicó Roggers —. Es muy legal que nosotros les destrocemos a ellos para evitar que lo hagan con nosotros. Pero sólo por esto. El matar es obligatorio que sea una necesidad. Hacerlo por placer constituye una aberración. Acabemos con ellos, porque es necesario que sea así, pero sin crueldad.

Angu no parecía entender las palabras de Roggers, pero estaba ganado de antemano para las legítimas razones del terrestre y nada respondió.

Las esferas venían en la misma dirección y línea recta.

—¡Oprime los botones de babor y estribor hasta que yo te avise.

Roggers podía ver perfectamente el desarrollo de la lucha a través de la amplía escotilla.

La astronave enemiga comenzó un violento zigzag que tenia como fin primordial zafarse a los disparos de su enemigo, pero Angu era un verdadero diablo en aquella clase de lucha. Súbitamente su esfera saltó hacia un lado e inmediatamente la ocupada por los marcianos se desintegró horrorosamente al ser alcanzada por los rayos que Roggers accionaba sin interrupción.

—La batalla ha acabado —dijo Angu, conectando el piloto automático.

La corta talla del marciano no impidió que Roggers le abrazara entusiásticamente.

El resto de los terrestres que había presenciado en silencio el desarrollo de la pavorosa batalla, prorrumpieron en vítores y agudas exclamaciones de alegría. Thelma y Amba, mujeres al fin, lloraban unidas en un estrecho abrazo.

En aquel caos de alegría, fue Horst Saurer el que primero reaccionó con cordura.

—Recojamos a Dave Sterling y sus hombres y pongamos rumbo a la Tierra.

* * *

Sterling se despojó de la escafandra marciana con evidente satisfacción. Su rostro resplandecía cuando dijo:

—Misión cumplida, señor. El objetivo ha sido destruido, si no totalmente, por lo menos el tiempo necesario para que no resulte tan aterrador el fantasma de la invasión marciana. Igualmente, hemos traído a bordo las anotaciones del profesor Saurer y sus instrumentos de registro. Creo que nada nos resta hacer aquí…

—Permitan que exprese mi disconformidad. —Estas palabras, pronunciadas por Kurkov, hicieron que todas las miradas convergieran sobre él.

El ruso estaba armado y sus hombres, estratégicamente distribuidos, dominaban la situación. Sus armas apuntaban amenazadoras.

—¿Qué significa esto, Kurkov? — preguntó Roggers.

—Es fácil de explicar. Significa que no he olvidado la misión que me trajo aquí. Personalmente no tengo nada contra ustedes, pero por encima de mis sentimientos gravita un deber que, aunque penoso, me veo obligado a cumplir.

—¿Y qué piensa hacer?

—Naturalmente, apoderarme de la astronave y deshacerme de aquellos de ustedes que no me sean necesarios. Conservaré conmigo al marciano y a los cuatro científicos que conocen el funcionamiento de la esfera. También deberá quedarse el profesor Horst Saurer. El resto deberán abandonar la espacionave ahora mismo. — Ante un ademán de Roggers, hizo un gesto amenazador— No me van a convencer sus razones, coronel. Que pasen los designados a este lado y los otros comiencen a desfilar hacia la esclusa, para abandonar la nave.

No había opción. Las armas de los rusos eran mucho más elocuentes todavía que las palabras de Kurkov. El hombre que se resentía de una pierna quedó encargado de vigilar a los designados para quedarse. Los otros empujaron a los americanos.

Y de pronto surgió lo inesperado. Nadie notó la falta de la menuda Amba y el primero en saber de ella fue el ruso cojo, al destrozarle el cráneo la pesada barra metálica con que la muchacha marciana le agredió.

Los hechos se sucedieron con vertiginosa rapidez. Angu se precipitó sobre el arma del caído e hizo fuego sin llegar a incorporarse. Sus disparos llegaron hasta el blanco, y Kurkov se volvió a tiempo de ver cómo se desintegraban sus dos últimos hombres.

Quedó indeciso al hallarse frente al marciano armado, cuya fatídica puntería conocía. Al comprender lo trágico de su situación perdió el control de sus nervios. Lanzó un grito infrahumano. Angu mantenía fijos en él sus ojos de subido tono bermellón.

Su impasibilidad acabó de enloquecer a Kurkov. De súbito, el ruso alzó su brazo armado, que había dejado caer a lo largo de su cuerpo, e intentó disparar. De haberse mantenido sereno quizá lo hubiera conseguido, pero Angu no le dio tiempo; hizo fuego sobre él y las cenizas del desgraciado se confundieron con la de sus compañeros.

Una extraña neblina blancuzca flotaba en el interior de la espacionave.

Casi no hubo comentarios. Únicamente el de Thelma, al dirigirse a la marciana:

—Angu podrá decirte lo agradecidos que estamos a ambos.

Aunque no podía comprender las palabras de Thelma, Amba acudió al abrazo de la otra mujer.

La voz de Roggers deshizo la tensión emotiva.

—Una vez cumplida nuestra promesa hecha a Clayton, debemos regresar a nuestro planeta, para advertir a nuestros semejantes de la gran amenaza que se cierne sobre la Tierra.

Fuera, la Luna se envolvía con el ominoso silencio.

La blanca esfera ascendió rápidamente hacia el Sol.

* * *

El gigantesco observatorio de Monte Palomar comunicó la sensacional noticia.

«Un extraño cuerpo de características desconocidas gravita sobre Washington. Aun sin datos de juicio, se puede adelantar que es muy probable se trate de una nave intersideral de otro planeta.»

Casi inmediatamente la formidable noticia fue extendida por el país a través de la radio y las agencias de noticias. El pánico y la expectación cundió entre los habitantes de los Estados Unidos.

La noticia dada por Monte Palomar fue prontamente confirmada por observatorios que se apresuraron a comunicarlo al Gobierno de Norteamérica.

El National Army fue movilizado inmediatamente. La capital del Gobierno era un inmenso cuartel.

Cuatro horas después del primer mensaje facilitado por Monte Palomar, un segundo mensaje anunciaba:

«El objeto desconocido se trata, en efecto, de una astronave, sin que hasta el presente se sepa nada respecto a su origen. Dates

suministrados por los mecanismos detectores del satélite artificial Jefferson indican que la astronave conduce en su interior a seres vivos. Los cálculos exactos indican que la astronave se posará, caso de seguir la trayectoria que hasta ahora lleva, justamente sobre la Casa Blanca.

El objeto que había acaparado totalmente la atención nacional era ya perfectamente visible y las tropas tenían cercado el lugar que, según los informes de Monte palomar, habría de tomar tierra la desconocida astronave.

Dos horas más tarde era tal su proximidad que fácilmente hubiera sido alcanzada por un disparo de artillería antiaérea.

En última instancia, la astronave pareció desviarse ligeramente. ¡Iba a posarse sobre el tupido «malí» que rodeaba al Departamento de Guerra!

Los contingentes del National Army, como incansables ojeado res, siguieron su nueva trayectoria. Llegaron al Pentágono en el preciso momento que la blanca esfera quedaba inmóvil sin ninguna estridencia, a pesar de separarle medio metro de la hierba.

Las fuerzas del Ejército rodearon la espacionave, esperando su reacción.

Se vio aparecer una escalerilla que llegó a posarse en el suelo. Una escotilla se abrió sobre la parte inmediata superior a la escalera y la parte inferior, una figura humana apareció por ella. La expectación llegaba a su punto culminante, tanta como fue la decepción al ver por completo la figura. ¡Era un hombre normal y corriente! Tras él aparecieron muchos más.

Un capitán del Ejercito, seguido de una compañía de infantería avanzó, obedeciendo órdenes. Los amenazadores electrofusiles apuntaban a los recién llegados.

—Abandonen toda clase de precauciones, capitán— dijo en perfecto inglés el hombre que primero descendiera—. Soy el coronel Ray Roggers de la U.S.A.F. y mis compañeros, personal al servicio del Gobierno de los Estados Unidos.

El Joven oficial abrió desmesuradamente los ojos y saludó marcialmente.

—Tengan la bondad de acompañarme — dijo.

—Es necesario que vea al comandante supremo del Departamento

de Guerra — dijo Roggers.

—Con la sensación que hoy han causado ustedes, podrán ver al Presidente sí se les antoja.

* * *

El coronel Roggers, Thelma, el profesor Saurer y la pareja de marcianos aguardaban en una sala contigua a la que ocupaba el Congreso en pleno debate.

Angu se encaró con su amigo.

—¿Qué va a suceder ahora?—preguntó.

—Pronto seremos llamados para informar.

—¿Qué harán con nosotros? Me refiero a Amba y a mí mismo. Pertenecemos a un pueblo enemigo del vuestro…

—Desecha tus temores. Serás considerado como un amigo; yo respondo de ello.

Hizo una pausa para mirar en dirección a la puerta tras la que se hallaban los hombres que regían los destinos del país.

—Todos nosotros tenemos ahora una misión que cumplir —dijo —. Y es, convencer a esos señores de la gran amenaza. Después, al mundo entero.

Thelma intervino mimosa:

—Y conmigo, ¿qué piensas hacer, Ray?

Roggers la miré intensamente.

—A ti si que te haré mi eterna «prisionera», en la primera ocasión que se nos presente.

El profesor Saurer y Angu sonrieron; y Amba, aunque no entendió nada…, también sonrió. ¡Maravillosa perspicacia la de las mujeres!



ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

30. —El camino sin fin. —Clark Carrados.

31. — ¡S. O. S.! Pluton! —H. S. Thels.

32. —Retorno al Paraíso. — Louis G. Milk.

33. —D e s g r a v i t a c i ó n. — S. S. Kent.

34. — Los venusianos. — H. S. Thels.

35. —El viajero de Saturno. — Austin Tower.

36. —Una lapida en la Luna. Clark Carrados.

37. —El planeta desconocido. — Peter Barton.

38. —No hay marcianos. — Clark Carrados.

39. — Macro-humanos de Júpiter. — Law Space.

40. — ¡Llegan los marcianos¡ H. S. Thels.

41. —Flecha al cenit. — S. S. Kent.

42. — La astronave fantasma. Law Space.

43. —Guerra de Universos. —H. S. Thels.

44. —Peste de plata. — Clark Carrados.

43. —Nosotros, los marcianos. Law Space.

48. —Volver a empezar. — H S. Thels.

47. — ¡No salgamos al espacio ! — Law Space.

48. — Las blancas nubes do Venus, — Clark Carrados.

[1] Nombre familiar dado a los cohetes que transportaban los accesorios.

[2] Entiéndase aquí por "gravedad" aceleración sobre la superficie terrestre, según Heinz Haber.